DATE	ISSUED TO

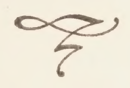
VIAJE A LA TIERRA DE LOS INCAS

DEL AUTOR:

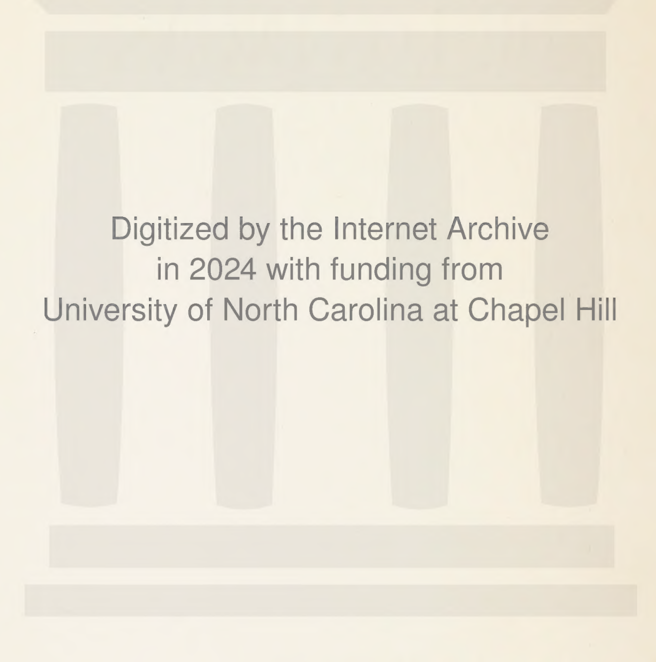
Mientras el viento calla...
La Ofrenda de Eneas
El Sueño de Alonso Quijano
La Fiesta del Espíritu
La Onda de Luz
Los Ladrones del Fuego
Viaje a la tierra de los Incas

HORACIO MALDONADO

VIAJE A LA TIERRA DE LOS INCAS



MONTEVIDEO
RISSO Y AYALA, Impresores
San José, 938
1925



A mi ilustre amigo peruano

Juan Pedro Paz Soldán.

Señor doctor Horacio Maldonado.

Distinguido amigo:

Desde hace tiempo se abrigan en el Perú, y particularmente en Lima, viejos deseos de que haga usted un viaje por esta tierra, regada en las guerras de la independencia con la sangre generosa de tantos intrépidos guerreros uruguayos, y en la que son tan leídos y apreciados los libros publicados por usted.

La circunstancia de celebrarse el 9 de diciembre próximo el centenario de la batalla de Ayacucho, que es también una gloria uruguaya, ha dado ocasión para que el Gobierno de mi patria, empeñado en estimular y en enaltecer a los intelectuales, no sólo del Perú, sino de todas las repúblicas hermanas, satisfaga el viejo anhelo de atraerlo a usted a nuestras playas, invitándolo especialmente para que nos honre con su presencia en Lima, durante las fiestas conmemorativas de aquella lid gloriosa.

Al invitarlo a usted, tengo encargo de mi Gobierno de manifestarle que será usted considerado en Lima, como un huésped de honor, y por mi parte, me complazco en agregarle que será sumamente grato para todos los peruanos la visita de una personalidad literaria, que, como la de us-

ted, se ha impuesto ante los lectores cultos de Sud América por la pureza y transparencia de su estilo, por la elevación y originalidad de sus ideas, y por la obra tan espiritual, tan seductora, y tan humana, que constituyen sus delicados libros.

Con la simpatía y consideración de siempre, lo saluda su atento amigo y S. S.

J. P. Paz Soldán,
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Montevideo, 27 de octubre de 1924.

Excmo. señor Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Perú, doctor Juan Pedro Paz Soldán.

Excmo. Señor:

He sido honrado con la nota de V. E. de fecha 20 del corriente, en la cual me comunica que el Gobierno Peruano, deseando estimular y enaltecer a los intelectuales de todas las repúblicas hermanas, vería con agrado que yo fuese huésped de Lima durante las fiestas que se celebrarán con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho. La voz amiga y generosa de V. E. me honra una vez más con tal noticia. Soy un admirador ferviente de las glorias del Perú, y cultivo relaciones intelectuales con algunos de sus preclaros hijos, entre los cuales figura con toda justicia V. E.

No se limita V. E. en su nota a manifestar los deseos del Gobierno Peruano de que yo asista a las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho, sino que, movido siempre por una fuerte bondad de espíritu, se digna elogiar mi obra de escritor, fortaleciendo en mí los estímulos que recibo con frecuencia. Enemigo de falsas modestias que, en realidad, sólo buscan despertar el elogio, debo, sin embargo, decir a V. E. que mis méritos de escritor no han alcanzado todavía el grado necesario para hacerme digno del alto honor que significa la invitación del Gobierno del Perú. Creo, sí, haber puesto en mis libros un poco de verdad, de belleza y de armonía, algo de mis mejores sueños, acaso una simple ilusión, pero tan fuerte, tan arraigada en mí, que no la cambio por la más hermosa de las realidades de este mundo.

Iré al Perú con esos sueños, seguro de encontrar en aquel país la luz que los hará más resplandecientes; y cuando el espíritu evoque allá las cosas del pasado, o el alma de la historia, hecha de sufrimientos y de heroísmos, será para mí exquisita caricia espiritual la visión de una América unida, fuerte y armoniosa, como la que soñara Próspero, junto al bronce de Ariel. Saludo a V. E. con mi más alta y distinguida consideración.

Horacio Maldonado.

PREFACIO

Lector querido: el libro que vas a leer es un libro de viajes, pero muy distinto de todos los libros de viajes que habrás leído. Yo no te voy a fatigar con descripciones prolijas, con nomenclaturas de calles, con detalles sobre los usos y costumbres de los pueblos que he visitado. Te pinto los ambientes con rasgos generales: te enseño lo más característico de una ciudad o de un lugar, y te presento almas que se mueven, que se agitan, que gozan, que sufren, de tal modo, que todo mi libro te ofrecerá en notas animadas, risueñas o trágicas, el espectáculo de la vida. A veces creerás que narro cosas baladíes; pero una lectura más atenta te mostrará cómo de lo que, al parecer, es pequeño o vulgarísimo, se deriva lo grande, lo trascendental, lo filosófico. Hay acción, hay movimiento en mi libro: la misma actividad, la misma inquietud, los mismos afanes del viaje se reflejan en él fácilmente. Todas las almas interesantes que han pasado junto a mí, viven en mi libro: personajes de la política y de la literatura; gentes modestas; mozos de hotel; criados; todo lo que se reveló en un gesto o en una palabra con algún aspecto interesante, ha entrado en las páginas de mi libro.

El amor no podía faltar en él; el amor divino y el amor humano; el buen amor y el amor pecador; la mirada que se eleva hacia el cielo en una plegaria y en alas del misticismo, y la mirada que se clava en la carne tentadora, entre las llamas de la pasión.

Lo actual y lo pasado; la vida de ahora y la vida que pasó a la historia, pasan por las páginas de este libro estremeciéndolas. Con frecuencia, lo cómico y lo risueño alternan en él con lo grave y con lo trágico. Los personajes de mi libro no son entes de ficción; no los he creado yo, sino que responden a seres reales, que viven todavía. He querido retratarlos de una manera animada, con los rasgos característicos, sin perdonarles sus defectos, pero haciendo resaltar vigorosamente sus virtudes. Un ilustre escritor argentino, a quien admiro, desfila por mi libro, y muchas de sus ideas son analizadas sin que la admiración que siento por él me mueva a aplaudirlas. Hago también el elogio de la obra realizada por el Presidente del Perú, sin dejar por ello de reconocer que su acción no se mueve dentro de una verdadera democracia... Pero sobre esta palabra "democracia", que tanto deslumbra a los espíritus, hay mucho que hablar, y, desde luego, se puede afirmar que en ningún país los hechos políticos responden a ese ideal de democracia que tanto alabamos. Lo evidente, lo que nadie puede negar es que el Perú progresa rápidamente con la acción eficaz, con la voluntad férrea del señor Leguía. El pueblo que trabaja y que sufre, aclamaba en todas las fiestas

al mandatario peruano. El orden, la paz y el trabajo están asegurados en la república peruana; y la libertad también, si es que no se confunde libertad con espíritu de agitación o de desorden.

* * *

A punto de entregar los originales a las cajas, llega hasta mí la noticia del fallo del Presidente Coolidge sobre el pleito de Tacna y Arica. El fallo ha sido bien recibido por ambas partes; resplandece en él la justicia, y su ejecución hermanará de nuevo a dos países de América, dignos de vivir sin la menor sombra de inquietud. En las páginas de mi libro anunciaba yo con anterioridad, movido por un fuerte optimismo, este triunfo de la justicia y de la paz. La hora de las reparaciones ha llegado; tanto Perú como Chile sienten el regocijo de la luz que disipa las sombras.

Para la tierra querida que me hizo el honor de haberme contado entre sus huéspedes, durante las fiestas de Ayacucho; para sus hijos buenos y trabajadores, que ansían la más pura confraternidad americana; para los que regocijaron las horas de mi estancia en Lima, rodeándome de atenciones y de agasajos; para todos aquellos que iluminaron mi espíritu con la luz de los dulces afectos, tienen las páginas de este libro mío las vibraciones de un recuerdo perdurable, de una cordial gratitud y de una honda "saudade".

CAPÍTULO I

LA INVITACIÓN

El simpático Ministro Plenipotenciario del Perú, doctor Juan Pedro Paz Soldán, se presentó un día en mi escritorio, afable y risueño como siempre.

—Vengo a invitarlo — me dijo—, en nombre de mi Gobierno, a las fiestas que se celebrarán en Lima con motivo del centenario de Ayacucho.

—Pero ese honor...

—Usted se lo merece — respondió mi gran amigo, envolviéndome en la claridad de sus ojos bondadosos.

No pude excusarme. Temblando de emoción leí la nota que me trajo el Ministro.

—Hará usted un viaje interesantísimo; conocerá usted muchas cosas nuevas; disfrutará usted de una dulce quietud espiritual y estará usted en Lima como en su propia casa. Los peruanos son todo corazón; y estoy seguro de que usted escribirá un libro sobre el viaje...

Dióme la mano y se fué gentil y sonriente, dejándome pensativo. Pocos minutos después sacudí la cabeza, y dije entre mí resueltamente:

—Pues iré a Lima y escribiré un libro.

Las dos cosas, muy gratas por cierto, no me dejaron, a partir de aquel día, un solo momento de reposo. Pensaba en ellas con la fruición de un placer anticipado. Hacía tiempo que estaba pegado a mi ciudad, sin deseos de salir de ella, entregado a un método de vida que a mí me resultaba encantador; con mis libros, con mis amigos, con mis asuntos judiciales, con todas mis tareas distribuídas cuidadosamente; acostándome, levantándome y paseando a las mismas horas, sin faltar un solo día a ese orden severo, en el cual mi espíritu se sentía muy a gusto.

—Viajaré; iré a Lima; me arrojaré a lo desconocido... ¿Quieres acompañarme como secretario?

Esta pregunta fué dirigida a un joven amigo que se entretenía arreglando los libros de mi biblioteca.

Alberto, que así se llama el joven, dejó caer en el suelo una pila de libros, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Yo a Lima?

—Sí. ¿No te agrada el viaje?

—Se lo pregunto porque me parece un sueño. Casi nunca salgo de la calle Colón, donde vivo. Figúrese, doctor, mi sorpresa. ¡A Lima! Conozco de nombre esa ciudad, y creo que este libro que acabo de colocar en el estante, habla de un tal Francisco Pizarro, que fundó la ciudad. ¿No es así?

—Así es.

Calmado su espíritu, Alberto se puso a leer la historia del descubrimiento y conquista del Perú,

repantigado en un sillón y con una gravedad que nunca se le había conocido. Yo me vi obligado a continuar su tarea, y acabé de colocar los libros en los estantes.

—El inca Atahualpa me resulta un tipo interesante, doctor. ¿Lo matan por fin?

—La lectura te lo dirá. Ten paciencia, y continúa leyendo.

—Estoy en el pasaje donde se cuenta que los castellanos lo hicieron prisionero en Cajamarca. Si usted me ahorrase el resto de la lectura, le agradecería mucho, pues estoy un poco cansado.

Alberto cerró el libro y esperó mi disertación histórica.

—Te lo contaré durante el viaje, y puedes estar seguro de que al llegar a Lima sabrás todo lo relativo al infortunado inca.

Alberto clavó en mí sus ojos verdes, de mirada traviesa.

—¿Bailan el tango en el Perú? — me preguntó al cabo de un momento.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me gusta mucho bailar el tango, y si en Lima no lo conocen, sentiré mucha pena.

Reíme primero, y me puse a reflexionar luego sobre el pobre inca Atahualpa, cuyo recuerdo se había desvanecido en el espíritu de mi joven secretario, gracias a la música de un tango que comenzó a tararear...

A PUNTO DE PARTIR

Ya están las maletas prontas. Esto de las maletas es lo que más preocupa en un viaje. Uno llena de ropa dos, tres, cuatro, y le parece que no lleva todavía lo suficiente.

Los amigos me hablan continuamente del viaje, pintándomelo, aun los que nunca han viajado, como algo maravilloso. Envidian mi "felicidad" y me despiden cariñosamente. Al secretario, los suyos no lo dejan un solo momento. Alberto se ha convertido en un hombre serio, grave. Estar a punto de emprender un viaje a Lima y continuar siendo un muchacho sin juicio, le parece una cosa sin sentido. Es menester pensar con más seriedad en la vida, y así me lo dice él el mismo día de la partida.

—Ya soy otro hombre, — me dice — y más distinto todavía seré a la vuelta.

Yo aplaudo sus buenos propósitos; pero le advierto a la vez que no es necesario exagerar.

—Conserva un poco tu alma de chicuelo — le digo — porque el mundo está demasiado envejecido.

—Eso se llama filosofar — me responde él. —¿No es verdad?

—Sí, señor; pero no se trata aquí de filosofar por puro gusto. Yo deseo que veas las cosas con tu alma de niño, sin posturas de hombre serio; yo las veré con mi alma un poco cansada, sin la dulce ingenuidad de la juventud, y los dos nos contaremos nuestras impresiones.

Es de noche. Una noche azulada, fresca. Estamos en el puerto, a dos pasos del vapor que nos llevará a Buenos Aires. Respiro con ansias el aire que viene del "río grande como mar". Quiero llevar ese aire en mis pulmones, como un tesoro que se guarda celosamente; y le pido a la noche estrellada un poco de quietud para mi espíritu. ¡Oh divino Fray Luis! Tu oda magnífica vibra en mi alma, estremeciéndola dulcemente; la noche es apacible: las estrellas son gotas de plata, y el río es divino como el que cantara Garcilaso, y el alma mía se acuesta sobre él y sueña...

¿Qué sueña el alma mía?

No puedo decirlo: los sueños más divinos no se dicen.

HACIA BUENOS AIRES

Ya estamos a bordo; ya se mueve el buque; ya dirige su proa hacia la gran urbe argentina. La noche nos invita a salir del camarote. Viaja con nosotros la embajada uruguaya, que también va á Lima. El embajador, general Domingo Ramasso, es un hombre apacible, de suaves maneras, de conversación agradable; y sus compañeros de embajada, el coronel Mendívil, el comandante Carbajal y el joven secretario doctor Mora Otero, son dignos acompañantes. Un largo rato de amena charla aplaza la hora del sueño. El general conversa pausadamente; su rostro, algo triste, tiene cierta expresión de cansancio. El coronel, en cambio, es alegre y locuaz, y no borra nunca de su rostro

moreno, de facciones rudas, una sonrisa picaresca. Carbajal lo escucha con mucho placer. Este inteligente marino, delgado y pálido, habla poco y piensa mucho. Arden las ideas en sus ojos expresivos.

El coronel nos dice que tiene muchos parientes en Lima. Hablamos de esta ciudad, como si la viéramos a través de un ensueño. Nuestra imaginación la construye con todos los encantos de la leyenda. Vibran en nuestra alma los recuerdos históricos, las proezas de los castellanos del siglo diez y seis, el infortunio de Atahualpa, la tragedia de Pizarro y mil cosas más leídas en los libros.

Yo pienso en la historia, en los héroes de América, en sus libertadores. Bolívar y San Martín serán recordados en Lima con la gratitud y admiración de que son dignos. Pero esto, que podría llamar lo heroico de las fiestas, pasa ahora en mi alma a un plano secundario: otras cosas, otras visiones, otras ideas, otros sentimientos solicitarán con más ahinco su atención. La historia duerme, como todo lo pasado, a pesar de las fechas memorables que pretenden despertarla con ruidos estruendosos. La vida se renueva; el presente nos inquieta; miramos al orto y dejamos a nuestras espaldas el ocaso, las sombras. Recordamos a los muertos ilustres, un poco por vanidad; un poco por costumbre y otro poco por gratitud; pero los recordamos en cortos instantes, como viajeros que no tienen tiempo para detenerse. Pero historia será también lo que veré en mi próximo viaje. Historia sí; pero mezclada con el presente e ilu-

minada por el porvenir. Será como si abriendo la tumba de un inca entrara en ella la luz de un sol naciente que nos encandilara la vista para no ver demasiado lo que está dentro de la tumba.

—¿En qué está pensando usted? — me pregunta de pronto mi secretario. —¿Está usted filosofando otra vez?

—¡Filosofar! ¡Qué término tan pedantesco! — pienso yo. —Cuando uno se propone filosofar enreda su mente en majaderías. La verdadera filosofía no se acuerda de sí misma; se nos entra en el alma sin darnos aviso y remueve todas las fibras de nuestro ser. Alonso Quijano filosofaba con sangre de su corazón.

Vuelvo a asomarme a la borda del buque. La noche estrellada cae sobre mi espíritu como una caricia de lo eterno. Poesía, es decir, verdad de lo infinito me envuelve. Mis labios pronuncian un nombre. Es el de un viejo sublime que pasara por nuestro puerto; de un viejo todo luz, todo sabiduría, todo amor; altísimo poeta, en verbo y en corazón, y tan sano y tan puro, que resplandece como un ser divino. ¿Quién no ha oído hablar de ese viejo? En el "río grande como mar" que baña nuestras costas, parece haber quedado, como luminosa huella imborrable, la imagen de Rabindranath Tagore; y aún me parece escuchar, como saliendo de las aguas, estas divinas palabras:

"Madre, los que viven en las nubes me gritan: "Mira; jugamos desde nuestro despertar hasta que se muere el día; jugamos con el amanecer de oro y con la luna de plata". Yo les pregunto:

"Pero, ¿cómo subir hasta donde estáis vosotros?" Y me contestan: "Llega hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo y las nubes te levantarán". "Mi madre me está esperando en casa", digo yo. "¿Cómo dejarla y subir?" Y ellos se sonríen y pasan, flotando...

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira: yo seré una nube y tú serás la luna. Te ocultaré con mis manos y nuestro techo será el cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: "Cantamos desde el alba hasta la noche; viajamos, más y más allá siempre, y no sabemos por dónde pasamos". Yo les pregunto: "Pero, ¿cómo podré unirme a vosotros?" Y me responden: "Ven a la orilla de esta playa, cierra los ojos, espera, y te llevarán las olas". Les digo: "Mi madre no quiere nunca que salga de noche. ¿Cómo podré ir?" Y ellos se sonríen y pasan, danzando...

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás una costa desconocida. Llegaré rodando y romperé, riéndome, en tu falda, y nadie sabrá, en el mundo, dónde estamos tú y yo".

¡Mensajero de amor, de armonía y de piedad! Todavía no hemos apreciado, en todo lo que vale, tu presencia, que fué fugaz. Tu inagotable río de bondad ha corrido un instante cerca de nosotros, como un agua dulcísima que calma la eterna sed espiritual. Tu cuerpo achacoso hace más diáfano tu espíritu; tus manos saludan bendiciendo, y hay en tus ojos de anciano amoroso gotas de luz de lo eterno. Tus pasos sobre esta América serán co-

mo los de otro Jesús: tan suaves, que serán caricias para las florecillas del camino. El monstruoso Calibán ha de arrastrarse a tus pies como un esclavo, y el alma de América se estremecerá gozosa, como presintiendo la realización de un gran ensueño.

Yo viajo, pues, con esta dulcísima visión. Será mi bagaje más rico; y si lo pierdo algún día, no haré más caso de las estrellas.

CAPÍTULO II

BUENOS AIRES

Este viaje a Lima, que ha interrumpido de pronto mi vida sedentaria, me ha hecho volver a la gran urbe argentina. Esta vez Buenos Aires me parece más maravillosa aún: la vida es en ella como un torbellino, y hay momentos en que ella me produce la impresión de un vértigo. Cuando Garay, en el año 1580, fijó, con sus sesenta soldados, los límites de la población que muchos años antes fundara Mendoza, pero que había sido destruída poco tiempo después, no habría pensado, sin duda, en que echaba los cimientos de una futura metrópoli casi fantástica por sus edificios, por sus calles, por su vida, por sus ensueños de progreso. El modestísimo núcleo de población no envidia ahora a muchas ciudades europeas de primer orden. Algo de la vieja Europa se vislumbra, por decirlo así, desde el Plata, cuando se llega a las puertas de Buenos Aires.

Yo la he contemplado desde una enorme altura, y mi espíritu se ha estremecido ante la visión grandiosa de una obra humana. ¿Quién ha hablado de la pequeñez del hombre? ¿Quién ha dicho que el hombre es un gusano? ¿Quién se atreve a des-

preciar esta "miserable arcilla humana" que edifica ciudades colosales, y domina los elementos, y transmite la palabra con velocidad prodigiosa, y vuela como el águila?

Los últimos rayos del sol caían sobre la urbe maravillosa; parecíame la tierra tan poderosa como el cielo con su Dios, y todas las doctrinas desconsoladoras, y todos los pesimismos, y todas las posturas de tantos "ecclesiastés" como andan por ahí, volaban de mi espíritu, como aventados por un soplo de la gran ciudad. Fuerza, Voluntad, Acción: he ahí las tres palabras mágicas que vi grabadas en esta urbe. Cuenta Dante que vió escritas palabras terribles en las puertas del Infierno. Yo vi escritas en las puertas de esta ciudad palabras de glorificación para el hombre: la "raza maldita", para la cual Prometeo robara una chispa del fuego divino, ha creado las cosas con que soñara la imaginación más fantástica; la "raza maldita" ha sembrado de prodigios este planeta; y, con el dolor a cuestas, ha sabido poner sonrisas en los desiertos y crear paraísos sin el temor de que un dios terrible la destierre de ellos por los pecados cometidos.

Yo saludé a la gran ciudad, desde la enorme altura, con el más luminoso optimismo acerca de la grandeza humana.

Pero después, ¡oh inconsistencia de nuestras ideas!, metido en el vértigo de la ciudad, el hombre, el creador de ella, me pareció un pobre muñeco, llevado de un lado para otro por las cosas. La inmensa mole parece burlarse de él, de su

creador, complicándole la vida, preparándole lazos o redes, tentándolo de mil diversos modos, ahogándolo como un pulpo entre sus tentáculos. Como una avasalladora de almas se me apareció la gran urbe: la vida honda, la vida espiritual pasaba a segundo término. Las almas no tienen tiempo aquí de recogerse en sí mismas; no se detienen; no hay para ellas una hora de silencio.

Pero de estas reflexiones trascendentales me ha sacado Alberto, el joven y alegre secretario, proponiéndome un paseo por la Avenida Alvear, a la hora en que el sol derramaba su oro más puro.

UN CICERONE SIMPÁTICO

Tres días debo pasar en Buenos Aires, antes de salir para los Andes. Mientras paseo con Alberto por la Avenida de Mayo, espero encontrarme con algunos amigos. Cae una lluvia menuda, a pesar de la cual no disminuye la animación de las calles.

De pronto mis ojos se encuentran con un hombre bajito, regordete, envuelto en un impermeable, y que levanta los brazos como en un gesto de asombro.

—¿Tú por aquí, Horacio? Ni me lo sospechaba siquiera.

—Ya lo ves. En viaje para Lima.

El hombrecito del impermeable se llama Antonio Díaz, y es de una actividad asombrosa. Ese día se recorrió medio Buenos Aires, y está cansadísimo, y el sudor le baña el rostro.

—No he tenido un momento de reposo — me

dice, sonriendo dulce y heroicamente como un santo en el martirio. —Pero es preciso ganarse el pan en esta ciudad de millones. ¿Quieres que te lleve por algunos sitios interesantes? Seré tu cicerone.

Acepto complacido; y mi inesperado guía nos lleva inquietamente hacia todos lados, y nos hace observarlo todo. De carnes rollizas y rosado, a mí se me antoja, no obstante, que Antonio es como otro Virgilio que me conduce por la selva espesa de una gran ciudad. No hablamos de poesía ni de ensueños, sino de avenidas, de edificios, de negocios, de millones. ¡Oh dulce Virgilio! ¡Cómo te han puesto los días que corren! Ahora no hay mejor guía que el oro. Tuviste que luchar con los demonios que te impedían entrar en la ciudad de Dite, cuando acompañabas al florentino: hoy con el oro se abren las puertas del cielo y las del infierno. Mi guía Antonio me habla con fruición de ese "poderoso caballero"; me señala los palacios, los grandes almacenes, las mil riquezas encerradas en la gran ciudad argentina. Después me lleva hacia lo alto de una torre, y me muestra toda la ciudad, como Satán en la tentación a Jesús. Yo me fijo en su cara rolliza, y en sus ojos de mirada bondadosa, que parecen complacerse, con ternura maternal, en la contemplación de las bellezas de la urbe. Bajamos de la torre, y como mi guía no es una sombra como lo era Virgilio, y posee un buen estómago, se acuerda que es hora de cenar y nos invita a comer en el restaurante "El Cocodrilo".

—No quiero que vayan al hotel — nos dice. —En "El Cocodrilo" se come mejor que en el mejor de los hoteles.

Mi secretario y yo lo seguimos gustosos. El nos ha metido en una volanta, para que vayamos más despacio y podamos ver bien las cosas.

Cenamos en "El Cocodrilo" con mucho apetito y con mucha alegría. Antonio queda satisfecho, y nos mira con aire de triunfo.

—¿Qué tal? — nos pregunta.

—Es muy lindo el cocodrilo que está colgado a la entrada — le respondemos al unísono mi secretario y yo.

LOS PERIODISTAS

He visitado las oficinas de un periódico por cuyos prestigios lucha afanosamente Antonio. En la redacción se celebraba ese día una reunión de carácter político. Recibióme amablemente el director, que es un hombre joven e ilustrado. Diputados, caudillos y candidatos hablaban de las elecciones.

El joven director se sentó junto a mí, ya cansado de la labor periodística.

—¿Se ha puesto a pensar usted alguna vez en lo que es un periodista? — me pregunta de pronto.

—¡Oh, muchas veces! — le respondo. —Un periodista es para mí un individuo que olfatea siempre la tragedia. Vive pensando en noticias, y las desea terribles, y se muere de fastidio cuando la vida de un pueblo se desliza plácidamente. Sin

embargo, él dice que trabaja por la dicha del país, y yo también lo creo; pero es necesario preparar todos los días el plato para los lectores. Cuando el periodista llega a un alto grado de refinamiento, contempla impasible las desgracias del pueblo: el placer de las noticias mata en él toda sensibilidad.

El joven director clava en mí una mirada de asombro.

—¡Noticias, noticias, noticias! — prosigo yo. —Ese es el grito que vibra constantemente en los labios del periodista. Sin noticias no hacemos nada. Es necesario salir a la calle en procura de alguna tragedia. ¡Cómo se ufanan los periódicos cuando la tragedia sacude al pueblo! ¡Cómo proclaman a todos los vientos su excelente información! ¡Qué pobre nos parece el periódico cuando nada de anormal sucede en un país!

Entretanto, los políticos reunidos en la redacción discutían acaloradamente. Los nombres de Alvear y de Irigoyen se cruzaban entre relámpagos de exaltación. Llegaba de la gran Avenida un ruido que ensordecía. La noche, lejos de aquietarlo, aumentaba el hervor de vida de la gran ciudad.

ANTONIO

No me es posible salir de Buenos Aires sin dedicar un recuerdo al infatigable Antonio.

—Soy un buscavidas — me dice Antonio, pasándose el pañuelo por la frente para secarse el sudor. —Sé ganarme la vida por cualquier medio lícito. Nunca me duermo...

¡Nunca se duerme! Es la actividad en persona; corre, más bien que camina, por las calles de Buenos Aires; visita todos los comercios; guía a los amigos que necesitan ser guiados; lleva avisos a los diarios; conversa con los políticos influyentes; saluda a todo el mundo, caza noticias estupendas, y cuando llega la noche se sienta en un café y exclama sonriente:

—¡Me he ganado el pan de hoy!

¡Oh buen Antonio! Ese pan que tú te has ganado, debe de serte sabrosísimo; debe caer en tu boca como una ambrosía. ¡Cuántos sudores te ha costado! Otros muerden con rabia el pan, amargados por su pobreza; pero tú no. Lo bendices, das gracias al cielo, sonríes venturoso, y tu vida diaria es un trajín, un tormento. ¿Qué espera la diosa Fortuna, que no te premia? ¿Por qué en una ciudad de tantos millones no deja ella caer en tus bolsillos algunos miles? Tú los multiplicarías con tu afanosa labor honrada, y serías generoso con los necesitados.

Yo rogaré todos los días por ti a la diosa ciega; me prosternaré en su altar con mucho fervor; le contaré tus andanzas, tus fatigas, tus sudores; le diré que tú eres muy agradecido, y si ella me escucha, le pediré también que no se olvide de mí...

CAPÍTULO III

HACIA VALPARAÍSO

Desde Buenos Aires hasta Valparaíso he viajado en ferrocarril treinta y ocho horas. Treinta y ocho horas nuevas en mi vida, saboreadas en cada minuto, en cada instante; verdadera lucha de mi espíritu con lo fugaz del tiempo. Quiero atesorar impresiones con la pasión de un avaro: nada se me escapa, y mientras el tren huye de todos los sitios, mi alma se desparrama por el paisaje para abarcar el camino dejado y el que viene. No quiero pensar en mis cosas anteriores al viaje, para que en mi espíritu se graben con más intensidad las de ahora. Por eso viajo con la ingenuidad de un niño, dispuesto a ver cosas nuevas y a no marchitar con viejas ideas desconsoladoras o escépticas todo lo que vea o sienta en el camino.

LOS ANDES

Es la primera vez que veo la inmensa cordillera. Al amanecer mis ojos se encuentran con el prodigio de la naturaleza. En la ventanilla del tren

mi alma queda como en éxtasis. Santos como Teresa de Jesús y el pobrecito de Asís, tuvieron la dicha inefable de sorprender la visión divina o suprema; pero me atrevo a confesar que mi éxtasis no le iría en zaga al de esas dos almas. Figúrese el lector una gigantesca mole, de cumbres altísimas; un enorme macizo, que se presenta casi diáfano, con una suavidad prodigiosa, a los primeros rayos del sol. En ciertos sitios, las cumbres parecen pedazos de cielo; en ellas la nieve dibuja largos hilillos blancos, y más abajo la montaña se presenta azulada, o rosada, o con otros matices delicadísimos. Diríase que el monstruo de piedra, de tierra y de mineral deseara presentarse ante el hombre con la gracia y delicadeza de las cosas livianas, aéreas. De cuando en cuando, una casita, una huerta, unos árboles aparecen descansando en la falda de la mole.

El tren que me lleva va lleno de gente; y es incómodo, con sus sillones estrechos. Pero yo no siento la incomodidad; mi espíritu no hace caso del cuerpo: se escapa a la montaña, y trepa sobre ella, y canta un himno a los prodigios de la naturaleza.

EL BAÑO DE NIEVE

En pleno verano, he recibido un baño de nieve. Poco antes de llegar a la frontera chilena, el viento y la nieve azotan el tren. Cuando éste se detiene, bajo rápidamente, y, sin abrigo alguno, dejo que mi cuerpo reciba la lluvia de nieve. Ya no

veo la montaña: todo desaparece bajo la tormenta de nieve; y cuando mi traje queda completamente blanco, vuelvo a subir al tren, sintiendo el frío más delicioso que he experimentado en mi vida.

Lo mismo me dice Alberto, lamentando que la nieve se haya derretido tan pronto.

LAS GARZAS ROSADAS

Antes había visto otra cosa sorprendente: una laguna inmensa, que parecía un mar, y con una enorme cantidad de garzas y patos. La llaman "Picaza", y está en la provincia de Mendoza. Vi unas garzas rosadas, verdadera maravilla alada. El oro del sol poniente caía sobre la laguna, y las garzas volaban a corta distancia del agua, como los ensueños de rosa en el espíritu. Las alas rosadas trajeron al mío la inquietud de otros días. Sobre el mar de la vida vuelan también, de cuando en cuando, un par de alas de rosa. ¿Por qué? ¿para qué? El agua se agita, se pone turbia, tormentosa; las alas rosadas no la tocan; pero un día, cansadas de tanto volar, se dejan caer sobre el agua alborotada, perdiendo su hermoso color de rosa.

¿Quién no ha perdido en su vida un par de alas rosadas?

No me olvidaré nunca de las garzas rosadas que vi volar sobre una laguna semejante a un mar.

VALPARAÍSO

A las once y media de la noche llego a Valparaíso. La ciudad me produce una excelente impresión, que confirmo al otro día, cuando recorro todas sus calles. Sólo podré verla durante tres días, pues debo embarcarme en el "Santa Luisa", que me conducirá al Callao.

Me encanta mucho la manera de hablar que tienen los chilenos. Su conversación es dulce, amable, graciosa. Me recuerda un poco la de los paraguayos. Cuando dije que iba a Lima, invitado especialmente por el Gobierno Peruano, para asistir a las fiestas del centenario de Ayacucho, los chilenos que me oían expresaron mucha satisfacción, dejando a un lado todo recuerdo amargo de rivalidad internacional.

Hay en Valparaíso mucha animación, edificios notables, lugares pintorescos. La topografía de la ciudad es curiosísima: una parte de ella está construída sobre un terreno llano, y la otra sobre cerros que circundan la parte plana. A esos cerros se sube en coches ascensores. Yo he subido a uno de ellos, en la noche dulcísima, de cielo estrellado, y confieso que mis ojos se encontraron con un espectáculo magnífico. La bahía, rodeada de los cerros cubiertos totalmente de casas, y que aparecen como sembrados de puntos luminosos, es una maravilla.

Una "góndola" o autobus me ha llevado por toda la parte plana de la ciudad. Un chico, de

pie, en el coche, grita al conductor cuando alguien quiere subir:

—¡Pare, pare!

Luego, cuando el viajero ya está dentro del coche, dice:

—¡Ya, ya!

El "ya ya" de los chilenos tiene mucha gracia, mucho encanto. Ese "ya ya" deja en mi espíritu una impresión dulcísima.

UNA TAZA DE CAFÉ

Tres días permanezco en Valparaíso, y durante ese tiempo no puedo saborear una buena taza de café. Recorro todos los cafés y sólo consigo mojar mis labios en un líquido negro, que ningún sabor tiene. "¡Mi reino por un caballo!" — exclamó un monarca inglés, en cierto momento solemne de su vida. ¡Mi alma por una taza de café! — habría exclamado yo, dirigiéndome al demonio, si el demonio me hubiera tentado como a Fausto. ¿Pero es que los chilenos no gustan del café? Sé que los lectores serios se reirán de esta página de mi libro; pero yo quiero reflejar en él todas las vicisitudes de mi espíritu, aún las más triviales. Además, ¿por qué una taza de café ha de ser cosa baladí? ¡Cuánta riqueza de pensamientos ha brotado de mi espíritu mientras yo bebía una taza de café! ¡Cuánta idea buena se me ha ocurrido sorbiendo el exquisito "moka"! El café es el más adorable de mis vicios: me envuelve en claridades el alma; suaviza mis penas; me hace viajar por los lugares del en-

sueño; me estimula al trabajo; me saca de los sitios peligrosos; aumenta mi desprecio por el alcohol; fecunda mis horas y regocija mi labor. Balzac, el gran novelista, "grueso y macizo, cuadrado por la base y los hombros", como dice de él Lamartine, amaba con pasión el café. Escribía sus novelas entre sorbos de café muy cargado. "Su café — dice uno de sus biógrafos — se componía de tres clases de granos: borbón, martinica y moka. Compraba el borbón en la calle de Monte Blanco (hoy día Chaussée-d'Autin); el martinica, en la calle de las Vieilles-Haudriettes, en casa de un comerciante de poca importancia; el moka, en el "faubourg Saint Germain", en una tienda de la calle de la Universidad. Todas estas compras no constituían menos de medio día de caminata a través de París. Pero un buen café vale eso y mucho más".

Sí, señor; un buen café vale eso y mucho más. Yo lo he buscado en vano en Valparaíso; en los "bars" se me han reído en la cara cuando yo lo pedía. ¿Pero nadie toma café en Valparaíso? Caminé toda una tarde, y volví a mi alojamiento sin haber podido tomar una taza de buen café.

Alberto se ríe.

—Beba "pisco" y déjese de café — me dice.

El "pisco" es una bebida exquisita, parecida al coñac; pero vale más para mí una taza de buen café que todo el "pisco" que hay en Valparaíso.

Vuelvo a pensar en Balzac, y en lo que este gran autor dice acerca del estado cerebral de los escritores que toman café con exceso.

"Este café cae en vuestro estómago. Desde entonces, todo se agita, las ideas se estremecen como los batallones del Gran Ejército sobre el terreno de batalla, y la batalla se entabla. Los recuerdos llegan a paso de carga, con banderas desplegadas; la caballería ligera de las comparaciones se desarrolla en magnífico galope; la artillería de la lógica acude con sus trenes y balas; los rasgos de ingenio llegan en forma de tiradores; aparecen las figuras, el papel se cubre de tinta, porque la lucha comienza y termina con torrentes de agua negra, como la batalla con su negra pólvora"...

CAPÍTULO IV

HACIA LIMA

Tres días después partimos en el "Santa Luisa" para Lima. Un viaje de siete días en un buque del Pacífico, con mozos y camareros chinos y japoneses, es cosa gravísima. Yo llamaba a esta gente los "impenetrables". Ni el castellano, ni el inglés, ni el francés, ni el italiano nos sirven para nada; habría que hablarles en su propio idioma para hacerse comprender de ellos. El chino que me sirve la comida, clava los ojos en la lista, escrita en inglés, como si estuviera descifrando una inscripción jeroglífica. Mi secretario, que conoce un poco el inglés, se las ve también en apuros.

Pero Dios es bueno. Hemos comido durante el viaje, y todavía estoy asombrado de ello. Costaba un trabajo enorme pedir algo a esos chinos; más eficaces que los labios, más eficaces que la palabra, eran en nosotros las manos y los objetos. Pero en el mar todo se perdona, todo se soporta con dulce estoicismo. Navega el buque por las aguas del Pacífico, que recrean la vista con un hermoso color azul. No se aparta mucho de la costa chilena, que es triste y árida por lo general. A veces la embarcación se mueve demasiado, y esto en la

hora de la comida es insoportable. Prudentes pasajeros se encierran entonces en sus camarotes durante muchas horas, y luego se los ve tranquilos y sonrientes, afirmando que jamás han sabido qué cosa sea un mareo. ¡Qué hermosa vanidad la de hacer creer que se posee un excelente estómago que no se revuelve, y una cabeza firme que no se turba con los movimientos más bruscos de la embarcación! Mi secretario ha sido también prudente: pálido y tembloroso, se ha quedado quietito en el camarote, envuelto en una frazada. Se asusta de mi mareo, que no quiero ocultar, y me trata de flojo, sonriendo burlonamente, pero con sonrisa forzada. Dos o tres pasajeros reciben sobre sus hombros, al subir para la cubierta, lo que el estómago revuelto de una señora no ha podido guardar.

Pero la calma vuelve pronto a los estómagos; el barco se aquieta; Alberto abandona el camarote, sin la manta y sin los temblores; todos los prudentes se dejan ver, preguntando qué ha pasado. Alberto me invita a jugar al cubilete. Este sencillo juego, de puro azar, encanta a mi espíritu. Es una de mis dulces distracciones. No he aprendido ningún otro juego; detesto los naipes, el dominó, el ajedrez; pero este juego de los dados, esas piececitas cúbicas de hueso o de marfil, con sus puntos negros, que se arrojan sobre una mesa, después de ser meneadas en el vaso de cuero, sin que la inteligencia nada tenga que hacer en ello, pone en mi alma una adorable quietud, no sin cierta emoción que no alcanza a perturbarme. Hom-

bres graves que me estáis leyendo: no os riáis de lo que digo acerca de un juego tan insignificante. La vida es demasiado seria, demasiado trágica, y yo olvido la gravedad y la tragedia de la vida volcando los dados sobre la mesa, clavando mis ojos en los puntitos negros... ¡El azar! ¡Cuántas cosas aparecen en la vida como los dados que señalan un "paz" o una "secuencia"! Alguien tiene en sus manos el cubilete de nuestro destino; alguien menea nuestras vidas y las vuelca sobre la tierra. No es, pues, tan frívolo el juego que alabo.

Pero Alberto no me deja filosofar: se aburre pronto del cubilete y se acerca a otra rueda de amigos para jugar al "truco" o al "pocker".

EL MAR

Estar en el mar y no hablar de él me parece imperdonable. Se ha hablado mucho del mar, y grandes poetas lo han cantado en magníficas estrofas. Para mí el mar es como un regazo: mi alma se aquieta y duerme sobre él. Yo siento su caricia bienhechora; yo lo olvido todo clavando mis ojos en él. Me parece que él lava todas las miserias de la tierra. Es más bueno para mí que el cielo, porque no me asusta con el misterio. ¡Mar dilatado, mar hondo, mar azul Pacífico, yo sentí tu caricia confortante, como si todos los corazones buenos que hay en la tierra hubieran sido juntados por ti! ¿Qué me importa que cambies a cada momento de color, y que te encrespes o te serenes a cada momento, si tu vista da paz a mi

espíritu? Si alguna vez la muerte me llamara sin esperar mi fin natural, a ti te elegiría, ¡oh mar!, para la hora suprema. Mi alma se perdería en tu inmensidad, en un sueño dulcísimo...

Mis congojas se pierden en ti, y yo te grito desde el fondo de mi alma, como un niño regocijado:

¡Madre mía!

UN HOMRBE ILUSTRE

Tuve el honor de conocer personalmente a Leopoldo Lugones y a su distinguida esposa, que viajan con nosotros, hacia Lima. Lugones es un hombre bajo, moreno, de rostro anguloso y constitución fuerte. En los primeros momentos no atrae su persona: miran sus ojos con dureza; camina con cierta arrogancia, indiferente a todo lo que le rodea. Pero hablando con él, su rostro se anima, se pone risueño. Expresa sus ideas con vehemencia, sin vacilaciones, de un modo categórico. Sin compartir muchas de sus ideas, uno se siente atraído por ese vigor de convicción. Diríase que las palabras brotan de los labios de Lugones como proyectiles de la boca de un arma: golpean, hieren, postran al adversario. Lo categórico, lo afirmativo, la ausencia de matices: he ahí lo que caracteriza sus ideas. Contra las doctrinas socialistas y comunistas, pronuncia las palabras más mortíferas. Su espíritu está lleno de orden, de patria, de nacionalismo, y combate acerbamente a los que se proclaman "ciudadanos del mundo", y hasta aplaude la muerte de Sócrates, por las ideas disolven-

tes del inmortal filósofo. Yo lo oigo con respeto, a pesar de sentirme muy lejos de sus ideas. A Lugones lo amarga esta hora en que vivimos: encuentra el desorden y la anarquía por doquiera. En su espíritu vigoroso la incertidumbre no se halla a gusto: lo vago, lo indefinido, lo que no puede afirmarse, no entra en su cerebro, que está acostumbrado a ver las cosas de una manera firme y precisa. Esa rigidez en la mentalidad de Lugones me choca un poco. Paréceme que un pensador y poeta como él está obligado a ver lo que hay de bueno y verdadero en todas las ideas que sacuden a la humanidad: y por ello me atrevo a formularle algunas objeciones. Pero el escritor argentino permanece firme como una roca. En ciertos momentos creo que me va a dar la razón y, sin embargo, no es así: el hombre parece arrepentirse de haber cedido en algo, y vuelve a la carga con más energía que antes. Diríase que muerde las palabras antes de pronunciarlas, para que vayan a mis oídos con "sangre" de su espíritu.

Mientras lo oigo, pienso en aquella grande alma de bondad que recomendaba para todas las cosas de la vida la piedad y la ironía, y, por consiguiente, la tolerancia, y huía de las afirmaciones sistemáticas. En las aguas azules del Pacífico me parecía ver reflejada la imagen dulcísima del viejo France; pero también me atraía la rigidez vigorosa del escritor que me hablaba en esos momentos, el cual no conoce ni la ironía ni la piedad cuando fustiga todo lo que le parece nocivo o disolvente.

Lugones me habló también de los escritores de España en la hora actual. Tampoco estoy de acuerdo con él en esta materia. El pensamiento español contemporáneo me seduce en extremo, y creo que la España intelectual de ahora es digna heredera de la España clásica, de la de los siglos de oro.

Después pasamos a la novela. "¡Interés, interés, interés es lo que exige este género literario!" — grita Lugones, y tal cosa no encuentro sino en poquísimas novelas. — El nombre de Emilio Zola acude a nuestros labios. —¡Novelista épico! — exclama con entusiasmo Lugones.

Yo también expreso lo mismo; y el recuerdo de la cortesana Nana, creación admirable del novelista francés, acude a mi espíritu, y veo el cadáver lleno de pústulas, y algo así como la imagen de un mundo descompuesto pone una sombra en mis ojos...

LA MUERTE DE SÓCRATES

—Apruebo con toda mi alma la muerte de Sócrates — me ha dicho el argentino ilustre.

Estas palabras me desconciertan. Me parece mentira que broten de un espíritu enamorado del ensueño, de lo heroico, de lo grandioso. Para Lugones, los que condenaron a Sócrates a beber la cicuta tuvieron razón, fueron justicieros. ¡La salvación del Estado ante todo! Sócrates era un disolvente; él mismo se llamaba ciudadano del mundo, y los que se titulan ciudadanos del mundo me-

recen ser ahorcados, según el ilustre poeta argentino. ¡No, por Dios! Lo que Lugones afirma me parece una blasfemia. A mi juicio, él se hiere a sí mismo pronunciando esas palabras. No alcanzo a comprender su estado de espíritu, y así se lo expreso. Todo gran pensamiento es revolucionario, va contra el orden de las cosas: de las inquietudes, de los sacudimientos y de las revoluciones brota lo más bello, lo más dulce de la vida. En nombre del orden y de la seguridad de un Estado, ¿pueden condenarse las ideas que, desprendiéndose de lo temporal, de lo accesorio, tienden a lo eterno? Pero yo no me atrevo a discutir con el ilustre escritor, ni siento apego a las discusiones. Me contento con evocar la figura del filósofo, que en el inmortal diálogo de Platón deja escapar, pocos momentos antes de morir, palabras deliciosas, como si su alma hubiera ya abandonado la envoltura corporal. Mientras sus discípulos lloran, él sonríe, y su sonrisa es como una luz de lo eterno.

No era su figura muy atrayente, que digamos. "Tenía — dice Paul de Saint-Victor — la frente abrupta, desvergonzados los ojos, cínica la boca, hirsuta la barba, aplastada la nariz y el vientre inflado como el de un sátiro. Entre los lindos efebos de que se rodeaba era Sileno o Marsias en un grupo de semidioses. Su cara servía de modelo a los alfareros cuando necesitaban representar una carátula báquica en el vientre de las ánforas".

Pero no importa: él nos legó su espíritu, la chispa divina que contenía su cuerpo feo; y Pla-

tón, su discípulo, nos lo retrató en diálogos inmortales.

Sobre las aguas azules del Pacífico me parece ver dibujada su silueta de sátiro divino. Tengo una hora de encanto, y sueño con una nave que me conduce por los mares de la Grecia. No rompáis ese encanto mío, gente de este siglo; no me tentéis con tanto invento, con tanto prodigio industrial, con tanta maravilla de ciudades. Quiero estar a solas con mi ensueño; quiero oir la voz armoniosa que parecía volar en alas de un estilo prodigioso; quiero sentir en mi frente el viento que movía las hojas en los jardines de Academo; quiero estar al lado del moribundo sublime, para cerrarle la boca y los ojos, cual otro Criton, cuando su alma se liberte. ¡No rompáis mi encanto, no rompáis mi encanto!

Alguien me saca de mi ensueño, tocándome en los hombros. Alberto quiere volverme otra vez a la realidad.

—Ya estamos en Antofagasta — me dice. — ¿Quiere usted bajar a tierra?

—¡Antofagasta! ¡Antofagasta! — respondo yo. —Yo creía estar en Grecia... ¿Has soñado tú alguna vez? — le pregunto.

—Sí, cuando duermo — me responde.

—¡Es preciso soñar despierto, amigo mío! Los sueños son más verdaderos que la realidad. Hace un momento, lo más fuerte, lo más hondo de la vida pasaba por mi alma como un viento que la henchía, la dilataba, y la llevaba por todo el orbe; ahora, la realidad me parece mezquina, poca cosa, una ficción, un convencionalismo...

CAPÍTULO V

ANTOFAGASTA

El "Santa Luisa" ha llegado a Antofagasta, puerto chileno, en las primeras horas de la mañana. Un aspecto singular ofrece la ciudad mirada desde el buque. Extendida a lo largo de la costa, tiene detrás de sí una larga hilera de cerros desnudos, que de lejos parecen grandes montones de arena. Hay en ella como una desolación de desierto, a pesar de la animación que se nota en sus calles cuando se deja el muelle. El sol abrasa, y, sin embargo, la temperatura, en los lugares de sombra, es agradable. La caricia del mar pone un encanto a esta ciudad, que se levanta sobre el desierto, cerca de vastas salitreras. La industria es la que lleva hacia ella al hombre; el trabajo es el fuerte lazo que une al hombre a este suelo triste, y es el trabajo también el que no deja a las almas ponerse tristes o áridas como la tierra.

En las faldas de los cerros aparecen grandes letreros escritos sobre la misma tierra, con yeso. El reclamo, como se ve,, lo invade todo. En la falda de uno de esos cerros, un enorme cementerio extiende la quietud de sus muertos; y más arriba, casi en la cumbre, otro, grande también, indica que

es necesario ir tomando cada vez más tierra para los que abandonan este mundo. Los cerros de Antofagasta me traen al espíritu la visión de uno de esos desiertos bíblicos en que el hombre, vasallo de Jehová, espera ver la divinidad, entre nubes y relámpagos, para contarle sus cuitas. El viejo Job, con su cuerpo lleno de úlceras, parece levantarse entre los cerros, adorando, suplicando, blasfemando en la tortura de sus males. ¡Qué variado va resultando este viaje por el Pacífico, y cuántas emociones va despertando en el espíritu!

Hay en Antofagasta mucha gente fuerte y trabajadora. Los robustos mocetones se expresan con dulzura; no hablan a gritos como nosotros, los del Plata; y hay en sus voces una cadencia, casi como una música que arrulla. Un muchachito me ofrece en venta un diario de Antofagasta, con la dulzura y modales exquisitos de un joven de salón. La voz humana es aquí suavísima: diríase que la gente no quiere herir los oídos, ni arrancar a las almas de sus meditaciones.

UN INTERNACIONALISTA

Vuelvo al "Santa Luisa", y visito en su camarote al doctor José León Suárez, otra de las personalidades argentinas que van a Lima, especialmente invitadas por el Gobierno Peruano.

José León Suárez es todo un maestro en derecho internacional, y un publicista distinguido, de talento robusto. Su conversación encanta sobremanera. Lo acompañan su hija y la joven señora

Edith Palma de Meunier, nieta del inmortal escritor peruano Ricardo Palma. El doctor Suárez me habla con entusiasmo de Lima, a la cual visitó por primera vez en 1921, con motivo del centenario de la independencia. Hay en sus ideas una bondad que subyuga, y se expresa como un hombre sencillo, sin alardes de erudición. Es uno de los publicistas más queridos en el Perú, y todos estamos seguros de que su actuación allí será otra vez brillantísima.

El buque se pone en marcha otra vez. Es de noche; una noche dulcísima, y las luces de Antofagasta consiguen borrar del alma la visión del desierto.

Yo entro en mi camarote y abro un libro; pero es inútil. Mi espíritu quiere leer en las aguas del océano y no en las hojas de papel.

FILHINHO

¿Quién es el "filhinho"? A bordo oigo pronunciar constantemente este diminutivo portugués. ¡El "filhinho"! ¡El "filhinho"! Corre la dulcísima palabra de labio en labio; todos la pronuncian con cariño paternal; todos sonríen; todos buscan con los ojos al famoso "filhinho".

¿Pero quién es el "filhinho"?

Un joven delgado y simpático se acerca a mí y me habla en portugués.

—¿Sabe usted quién es aquí el tan mentado "filhinho"? — le pregunto después.

—¿No lo sabe usted? — responde con asombro.

—No, señor.

—Pues el tan mentado "filhinho" soy yo.

¡Qué bien aplicado el cariñoso nombre! "Filhinho" es la bondad en persona; "filhinho" tiene ojos que miran con dulzura infinita; "filhinho" es un amigo que vale un tesoro; "filhinho" es el encanto de las damas y el regocijo de sus amigos; "filhinho" habla a todos con una ternura exquisita. "Filhinho", además, se ha enamorado, y su amor es algo así como el del famoso caballero de la Mancha: un amor platónico, a la distancia, puesto que la dama de sus ensueños se ha ido y "filhinho" no sabe dónde encontrarla, dónde verla.

—Yo amo — dice "filhinho" —; yo conjugo constantemente el verbo amar. ¡Yo amo, yo amo, yo amo!

Tal es el grito sublime de "filhinho", y ese grito lo transfigura, y pone más dulzura aún en sus ojos, y adelgaza más aún su cuerpo, y hace vibrar de honda emoción sus palabras. ¡Yo amo, yo amo, yo amo!

¿Quién es la Dulcinea de "filhinho"? Se habla de una checoeslovaca, mujer hermosísima, que supo clavar certeramente en el corazón de "filhinho" el dardo del amor. "Filhinho" se lleva las manos al pecho y eleva los ojos al cielo. Pero "filhinho" no ama a una sola mujer: el verbo amar en sus labios es impetuoso, y va como un torrente por los corazones femeninos. "Filhinho" me habla de su "bolinha" querida. "Bolinha" es otra mujer a quien él ama con pasión.

—¿Quiere usted ver el retrato de mi "bolinha"? — me pregunta.

—De mil amores — le respondo.

"Filhinho" saca entonces del bolsillo una cadena, de cuyo extremo pende una esferita de plata.

—Este es el retrato de mi "bolinha". Una "bolinha" (una bolita) es su representación más adecuada. ¿No le parece?

Me lleva luego a la borda del buque y se pone a mirar con los anteojos la inmensidad del mar.

—¡Ah, si pudiera ver a mi "bolinha"! — exclama con tristeza. —Yo busco a la mujer amada en todos lados; la busco en el mar como en las montañas; en la soledad como en el bullicio; y creo verla en todas partes, mostrándome la gracia tentadora de sus carnes. Mi amor es inmenso como el mar. ¡"Bolinha"! ¡"Bolinha" mía!

"Filhinho" se exalta, y después me abandona, para ir a perderse en un círculo de bellas damas, vibrantes los labios de tanto conjugar el verbo amar.

Vuelve al cabo de un rato a mi lado, triste, desilusionado. Ninguna de las mujeres de a bordo se parece a su "bolinha"; ninguna tiene el encanto de ella; y "filhinho" se descorazona, y clava sus ojos en la inmensidad del mar, que sonríe con su hermoso color azul, y sueña con su "bolinha", y acaricia con sus manos el retrato — la esferita de plata —, y recita en la dulce lengua de Camoens unos versos apasionados, tan apasionados, que "filhinho" está a punto de caer desmayado sobre la cubierta del buque...

UN TURISTA Y UN COMERCIANTE

Entre tantas embajadas e invitados especiales, me encuentro en el buque con un turista, un caballero que viaja por placer, y que se complace en observarlo todo con exquisitez de espíritu. Es un acaudalado señor argentino. Ha viajado mucho; ha recorrido ya casi todo el mundo. Habla con parsimonia, y cuenta las cosas que ha visto sin poner vanidad en el relato. Nada ha olvidado en sus maletas; viaja con toda comodidad, y anda siempre acicalado. A pesar del alto honor que significa para mí haber sido invitado por el Gobierno del Perú, envidio a este turista, que viaja sin honores y sin obligaciones. El viaje carece de toda molestia para él; es paciente, y las contrariedades no lo desaniman.

Este mi buen turista podría servir de modelo para un libro titulado "El perfecto viajero".

Otro hombre que me llama la atención, es un holandés gordo, de cara roja, que siempre está alegre. Va al Perú como hombre de negocios.

—Yo no siento el placer de los viajes — me dice él. —Viajo para ganar dinero, nada más. Estudiaré con mucho afán la plaza de Lima. Ustedes no me verán en ninguna fiesta. Yo soy así.

El es así. Esta afirmación produce en mi espíritu cierto desagrado. ¡Yo soy así! Como queriendo decir con ello que nunca cambiará, que nunca será otro hombre, que nunca viajará por el puro placer de viajar.

—¡Yo quiero oro! — me dice. —El dinero es la vida del mundo. Quiero regresar a mi país con un fuerte capital. Yo trabajo mucho; yo no voy a las fiestas; yo me río de todos los centenarios. ¡Qué me importa a mí de Ayacucho! Cuando miro los cerros de la costa chilena pienso si en ellos no habrá mucho cobre, o mucho hierro, o mucha plata. ¡Si yo pudiera abrir uno de esos cerros y llevarme todo lo que contienen sus entrañas! Yo soy así. Yo no voy a ninguna fiesta.

Ríe el holandés, y su carcajada suena en mis oídos como un ruido metálico.

—En Lima hablaré con todos los comerciantes y les enseñaré mis proyectos. Entraré en todas las casas de comercio, y no iré a ninguna fiesta. Yo soy así. Yo quiero oro. Yo no deseo otra cosa.

UNA DAMA LIMEÑA Y SU HIJA

Viaja con nosotros también una hermosa señora limeña, acompañada de su hija, joven delgadísima, nerviosa y de nariz larga. La señora limeña vive en Buenos Aires, y va a Lima para visitar a sus padres. Es una mujer espiritual, que siempre sonríe, conservando su dignidad de esposa. Viste con elegancia y recato, y luce en sus cabellos lazos y adornos de buen gusto. Me agrada hablar de Lima con ella, y me parece ver en el fondo de sus ojos claros algo así como una lejanía de la ciudad. La distinguida señora siente la nostalgia de su ciudad natal.

—No es muy grande Lima — me dice —; pero es deliciosa.

—Sus ojos lo están diciendo — respondo yo.

—¿Qué encuentra usted de raro en mis ojos? — me pregunta ella.

—Una claridad hondísima, señora. Sus ojos han bebido la luz de Lima; se han posado sobre todos los recuerdos coloniales; han conquistado al que ahora es su esposo con la misma bizarría con que un puñado de castellanos conquistaron la tierra de los incas. Hay ojos que son toda una historia viva, y los suyos son de esos ojos, señora. Perdone este pobre madrigal en prosa, tan feo si se le compara con aquel famoso madrigal que comienza...

—Ojos claros, serenos, si de dulce mirar sois alabados... — dice ella. —Pero en Lima se encontrará usted con ojos negros, oscuros...

—En cuyo fondo brillarán los ensueños como estrellas...

—Pero que alguna vez sirvieron de sepulcro a corazones heridos...

—¡Oh maravillosa Lima! — exclamo yo. —Ciudad de ensueños, ciudad de reliquias, ciudad de mujeres bellas, ciudad de balcones coloniales, yo te beso en la luz de esos ojos que ahora me miran, y sé que serás para mí, dentro de poco, dulce y tibia como un hogar, como un regazo materno...

CAPÍTULO VI

ARICA

El "Santa Luisa" ha llegado a otro puerto chileno: Arica. Menos importante que Antofagasta, en cuanto a población, Arica ofrece, sin embargo, un aspecto más alegre. No me causa la impresión de desierto de la otra ciudad chilena; y el morro que se levanta en la costa, famoso por sus recuerdos históricos, es muy pintoresco.

José León Suárez, que atesora profundos conocimientos en historia y en derecho internacional, me relata el episodio interesantísimo de la guerra entre Chile y Perú, que tuvo por teatro estas regiones. Antes de bajar a tierra, oigo la palabra sencilla y animada del profesor argentino, que supo de los labios del doctor Roque Sáenz Peña lo que me narra.

Los ejércitos peruano y boliviano habían sufrido varias derrotas; Chile dominaba en el mar, pues la escuadra peruana había sido destruída. En estas circunstancias, rodeada la división del coronel Bolognesi, que tenía su campamento principal en el morro de Arica, recibió un ultimátum del coronel chileno Lago, a quien se le llamó después "Lago de sangre", pidiendo la rendición in-

mediata con todos los honores de la guerra, por ser inútil toda resistencia. Entonces Bolognesi llamó a todos los jefes y oficiales, y les dijo, en resumen, lo siguiente: "Como militar de alta graduación y próximo a la vejez, nada puede serme más grato que morir peleando en defensa de la patria; pero ésta ha perdido ya la flor de sus hijos y va a perder mucho más todavía. Además, yo no tengo el derecho de sacrificar la vida de hombres jóvenes como ustedes, y por ello, aun cuando mi deseo es resistir, me someto a lo que ustedes resuelvan, adelantándoles mi opinión de que encontraría justificado aceptar el ultimátum".

A este discurso espartano respondieron todos los jefes y oficiales que continuaría la resistencia; y Bolognesi hizo llamar al parlamentario chileno y le contestó: "Diga usted a su jefe que hemos resuelto resistir hasta quemar el último cartucho". Pocos minutos después se inicia el asalto, que fué el más sangriento en la guerra. El jefe ordenó a los destacamentos que se concentraran en el morro, y fué entonces cuando el doctor Sáenz Peña, que mandaba un regimiento, fué herido en un brazo, al cumplir la orden, y tomando las riendas con los dientes y la espada en la mano libre, pudo concentrarse al lado de Bolognesi. La rendición se efectuó cuando cayeron muertos Bolognesi y casi todos los demás jefes.

Fué, como ya se ha dicho, un encuentro sangriento. El caballo del coronel Lago se hundió hasta el codillo en un charco de sangre.

Sáenz Peña estuvo a punto de ser fusilado, y se

salvó gracias a una carta de Bartolomé Mitre dirigida a don Benjamín Vicuña Mackenna.

Tal es el relato que me hace José León Suarez, mientras desde la borda contemplo el morro de Arica. El heroísmo de dos pueblos, separados todavía por el odio y por un litigio que aún no ha sido solucionado, pone una nota de tragedia en este lugar ahora apacible. Diríase que la naturaleza, suave, dulce aquí, quisiera dar una lección de mansedumbre y concordia a los hombres. Dos países gloriosos se trabaron en una lucha épica, y todavía el vaho de la sangre parece marearlos. Pero yo creo en la grandeza del alma peruana y en la del alma chilena. Próximo ya a tocar tierra peruana, en horas de regocijo para toda la América del Sur, me siento invadido de un fuerte optimismo.

José León Suárez evoca las dos grandes figuras de la independencia sudamericana: Bolívar y San Martín. El ha tenido una idea brillantísima que fué aceptada por el Presidente Alvear y por los Presidentes de Venezuela y Colombia: erigir en Buenos Aires la estatua de Bolívar, y en Caracas y en Bogotá la de San Martín, con el objeto de poner término a los antagonismos entre los escritores del Norte y los del Sur sobre los dos prohombres de la independencia sudamericana. De esta manera podría surgir una reconciliación entre los partidarios de Bolívar y los de San Martín.

Por mi parte agrego, por rumores que han llegado a mis oídos, que esta iniciativa tuvo su origen en el fundado temor de que la República Argen-

tina no enviara una embajada a Lima en las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho.

LA NERVIOSIDAD DE UN MARINO

Acompañado del comandante Carbajal y de Alberto, recorro la ciudad de Arica. Hay poca cosa que ver en ella, fuera de su histórico morro; y por ello tomamos pronto una lancha para que nos lleve al "Santa Luisa". El buque parte a las diez de la mañana, y nos queda todavía un cuarto de hora; pero desde la lancha notamos con temor que el "Santa Luisa" comienza a navegar. Carbajal, que es un haz de nervios, se pone pálido, y dirigiéndose al que rema le dice:

—¿Pero qué hace usted que no rema?

—¡Si estoy remando y con fuerza! — le responde el mocetón.

—¿Pero no ve usted que el "Santa Luisa" se va?

—Se va y no se va, señor — contesta el de los remos.

—¡No me venga con sofismas! — responde el ilustrado marino. —Si usted no continúa remando, tomaré una determinación enérgica.

Yo le confirmo humildemente a mi buen amigo que el mocetón está remando con todas sus fuerzas.

—Pues no parece, señor. Veo que usted está muy tranquilo. ¿No se da cuenta de que el "Santa Luisa" se nos va? — me dice él, con la voz un poco alterada.

—El capitán nos dijo que el "Santa Luisa" abandonaría el puerto a las diez de la mañana, y aún no son las diez — le respondo. —Si la embarcación parte antes de la hora y nos deja abandonados, demandaré a la compañía. Soy abogado, amigo mío, y cobraré una fuerte indemnización. ¿Firmará usted también la demanda, amigo comandante?

Alberto me mira con asombro.

—¿Cuánto piensa usted cobrar? — me pregunta.

—Unos diez mil pesos oro.

—Entonces sería conveniente que perdiéramos el buque — responde mi secretario, los ojos brillantes de codicia.

Los del comandante despiden chispas.

—Ya veo que están tomando la cosa para la risa — nos grita.

Pero la cosa no pasó de un susto. Pudimos alcanzar el "Santa Luisa", y hasta hubo tiempo, antes de la partida, de hacer los más alegres comentarios sobre el "susto" del comandante, que es un marino valiente y emprendedor.

EL TANGO A BORDO

En la cubierta se baila por la noche. Es un baile triste, al compás de una música de fonógrafo, de discos gastados. El tango viene con nosotros; el tango se ha metido en el buque; el tango mancha la augusta serenidad de la noche. Yo le tengo horror. El ha desterrado los bailes más

hermosos, más cultos, más elegantes, más exquisitos; él ha invadido los teatros, los cafés, los paseos, los hogares, y ha convertido en ridículas a las mujeres más exquisitas. Chicas de ocho o diez años lo bailan en Montevideo, en presencia de sus mamás embobadas. Es la música que vibra constantemente en todos los oídos. Orestes, perseguido por las Furias, no habrá sentido tanto horror como yo, perseguido por la música del tango.

—¡Salve, noche serena! — exclamo en la borda del buque, tapándome los oídos.

El tango vulgariza a las personas, las hace cursis. Las parejas que lo bailan me parecen muñecos; seres que han perdido su alma.

—¡Salve, noche serena! — vuelvo a exclamar, tratando de sumergir mi espíritu en lo infinito.

Pero el tango me persigue; clava en mí sus garras; me llena de sombras, de tristezas. Huyo a encerrarme en mi camarote, y oigo allí, de pronto, silbar un tango...

Lo silba mi camarero chino. ¡Pobre China!

LA "BOLINHA"

Siento después, por los pasillos, una voz quejumbrosa.

—¡Se me perdió la "bolinha"! ¡Se me perdió la "bolinha"! ¿Quién encontró mi "bolinha"?

El "filhinho" había perdido, bailando, el retrato de la mujer idolatrada; la hermosa esferita de plata que pendía de su cadena.

—¿Dónde estará mi "bolinha"?

La buscaba ansiosamente por todos lados; miraba a todos los pasajeros, y de buena gana hubiera metido las manos en todos los bolsillos para dar con la adorada "bolinha".

Una rubiecita encantadora apareció al cabo de un rato, trayendo en sus manos la esferita de plata.

—Aquí está su alhaja — dijo al simpático brasileño, poniéndole en la mano la "bolinha".

—¡Oh, mi "bolinha", mi "bolinha"! — exclamó radiante de gozo el "filhinho", besando la esferita. —¡Yo amo, yo amo, yo amo!

La rubiecita lo contemplaba con asombro.

—¡Yo amo, yo amo, yo amo!

Sonaba en los oídos de la rubiecita la palabra que hechiza. Sus ojos azules no se apartaban del joven brasileño.

—¡Yo amo, yo amo, yo amo!

Suspiró profundamente la rubiecita, y se alejó luego, pensando, sin duda, en el novio que nunca venía...

LA HORA DE COMER

Mi buen Sancho, ¡cuánto te alegraría oír la música con que los chinos del buque anuncian la hora de yantar! Es una música rara, melancólica, más propia para invitar a los espíritus a la meditación que a los estómagos a comer.

Mi buen Sancho, ¿te acuerdas de tu almuerzo en la ínsula Barataria?

"Cesó la música, sentóse Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más que aquel asien-

to, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado, en pie, un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares; uno que parecía estudiante, echó la bendición, y un paje puso un babador randado a Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro, de otro manjar. Iba a probarle Sancho; pero antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta".

Gobernador y todo, mi buen Sancho, no te dejó comer aquel médico que se llamó Pedro Recio de Agüero, arrebatándote los ricos platos con que te regalaron los ojos. Pues bien, amigo Sancho: si a ti te hubieran sentado en una de las mesas, a bordo del "Santa Luisa", con mozos chinos que te alcanzaran los platos, pasarías también hambre, y más horrible aún que la de aquel día en tu ínsula. Pedirías un plato, y el mozo no te comprendería, y si te comprendiera, te traería algo que nada tendría de comida sustanciosa. Comerías de todos los platos, pero, al final, creerías no haber comido. Mi buen Sancho: yo veo todos los días en esta embarcación a un hombre gordo y rollizo como tú, que se sienta a la mesa y se retira luego

con cara compungida. Tu amo sí que estaría bien aquí; no se hartaría ni engordaría un punto.

Pero la comida a bordo tiene sus encantos. En la mesa en que como, comen también, el turista, el holandés, un militar peruano y mi secretario. Todos hablamos con animación. El holandés se entusiasma con las minas, con las industrias, con los negocios; el turista comenta delicadamente los incidentes del viaje; el militar peruano nos habla de Lima, del Presidente Leguía, de los progresos del Perú; Alberto ríe las gracias del holandés, y yo narro historietas entretenidas de comerciantes que se enriquecieron o de turistas que se extraviaron o de militares que se cubrieron de gloria o de secretarios dormilones. Poco nos acordamos de los platos que nos sirven, de los manjares ''conservados'', que han perdido su sabor. Comemos sin darnos cuenta de ello; ni el holandés, que es gordo y rollizo, lamenta la escasez de comida sabrosa.

El mar nos hace tolerantes a todos; el mar inmenso y azul, en el cual el ''filhinho'' clava sus ojos de ardiente enamorado, con la esperanza de ver surgir entre las olas a la mujer amada, con sus carnes tentadoras y con su boca ansiosa de besar y de ser besada.

CAPÍTULO VII

ILO

El "Santa Luisa" ha llegado al primer puerto peruano, en este viaje. Ilo, como población, es apenas un pequeño montón de casitas. Detrás de éstas se extienden las lomas, extensas, peladas, solitarias. Llego al muelle casi a la hora del crepúsculo; muere el sol en un incendio, y en el Oriente las lomas se oscurecen. En el centro de la población, y aislada de las otras casas, se levanta la iglesia, pequeña, de madera, con un soberbio reloj en lo alto. Más allá de la iglesia, una casita, con un jardín delicioso, es como una sonrisa en este lugar. No son estas palabras una de las tantas metáforas con que se quiere embellecer una idea: un jardín, una planta, una hierba, una flor en Ilo es algo raro, delicioso; un verdadero tesoro en este suelo árido y triste. Mejor que mi pluma, para dar una idea de este pedazo de tierra peruana, sería la paleta de un pintor. Sorprender en la tela las luces, los matices, las sombras de las lomas, el aislamiento de las pequeñas casas, la figura de un cura que sale de la iglesia y cierra sus puertas con llave; una casa de paredes de hojalata; un lomeño (algo así como el gaucho de

nuestros campos) que monta sobre un burrito, cubierta la cabeza con enorme sombrero de paja; chicuelos que van detrás del viajero para indicarle el camino; un mocetón de rostro de indio, que toca la guitarra dentro de una casucha o rancho, y canta con voz quejumbrosa; un viejo de rostro casi negro, flaco, de largos brazos, que permanece sentado en un banquillo, con los ojos perdidos en las lomas; un árbol solitario, como un extraño en esta tierra; sorprender todo eso en la tela, sería como llevarse en ella el alma rara de estas regiones, que parece escaparse de mi espíritu cada vez que trato de prenderme más a ella.

He hablado con el cura. Su cara me recuerda mucho la de aquel gran poeta que América perdió y que se deleitó con la gracia de los salones "versaillescos". Dicen que Rubén Darío vistió también un traje sacerdotal. A mí me parece que de los labios del cura van a brotar de pronto estrofas impecables; pero sólo le oigo hablar de las lomas, que se pierden en las sombras, y de la pequeña historia de estos lugares. El cura nos hace entrar, luego, en la iglesia. Nada de notable encuentro en ella, y, sin embargo, invade mi espíritu un fuerte sentimiento religioso. En aquella calma de desierto, la pequeña iglesia se me antoja un lamento a la divinidad. El cura enciende dos de las velas que están sobre el altar, y nos muestra las imágenes santas. La Virgen María, vestida, ataviada con todo lujo, como una señora de nuestros días, enseña unos ojos inexpresivos; el niño Jesús que lleva en los brazos, luce en su rubia ca-

becita un sombrero de paja, como los que se usan aquí; todo es sencillo y familiar en el pequeño templo, y cuando el cura pone los ojos en las cosas santas, diríase que los pasea sobre sus muebles y útiles. Pero, vuelvo a decirlo, en la calma de este desierto, la humilde iglesia me llena de emoción religiosa. El canto triste de los lomeños llega hasta mis oidos; el viento se lleva del árido suelo un poco de tierra; el océano azul sonríe plácidamente; las flores del único jardín que encontramos, muestran sus colores deliciosos, que son aquí el regalo más raro y exquisito de la naturaleza; el cielo es de un color violeta, y la tierra seca parece sentir un alivio, como si las últimas luces del día fueran para ella gotas de agua.

¡Ilo! El nombre mismo suena en mi espíritu con cierto encanto singular. Un nombre breve, dulce, armonioso, clásico. En el muelle algunas mujeres se sientan para ver a los pasajeros. Son morenas, de facciones irregulares; pero tienen unos ojos aterciopelados, de suavísima mirada y de resignada tristeza. Yo siento algo así como una atracción que quisiera detenerme aquí, a pesar del desierto. La quietud de la noche cae sobre mi espíritu como una caricia materna; y cuando entro en la lancha que me llevará hasta el "Santa Luisa", los golpes de las olas en el muelle suenan en mi espíritu como voces que lo incitan a quedarse, a unirse con las cosas que ha visto.

Pero mi espíritu se desprende, y vuelve gozoso a la embarcación... ¡Quién pudiera vivir como en un viaje inacabable!

LOS EMBAJADORES

Embajador polaco, embajador uruguayo, embajador brasileño, embajador paraguayo, embajador japonés, embajador siamés... Varios embajadores o enviados extraordinarios viajan con nosotros en el "Santa Luisa". El de Siam es un hombrecillo delgado, moreno, que siempre está con un libro bajo el brazo, leyéndolo solamente en ciertos momentos. Miran sus ojos con tristeza; acaso piensa en el lejano reino de Siam... ¿Le agradará su investidura? ¿Será grato para él el viaje por las costas del Pacífico? Conversa muy poco; con frecuencia se duerme en un mullido sillón, dejando caer a sus pies el libro. ¡Pobre embajador del reino de Siam! Tu honda tristeza, tu mortal fastidio cae como una sombra sobre tu frente. Nunca te he visto sonreir. ¿Por qué no sonríes?

—¡Em-ba-ja-dor! — exclama el "filhinho" a cada momento, separando y recalcando las sílabas, sobre todo la tercera.

Le causa gracia la sílaba "ja", y afirma que es necesario violentar la garganta para poder pronunciarla. En cambio, en su lengua, en la dulce lengua de Camoens, no cuesta esfuerzo alguno pronunciar la palabra; sale de la garganta suavemente: ¡"embaixador"!

¡Oh "filhinho"! ¡Cuán enamorado eres de todo lo dulce, de todo lo suave, de todo lo que brota sin esfuerzo! El recuerdo de tu "bolinha" suaviza más tu persona, tus modales. Andas por la cu-

bierta del buque sin hacer ruido, como una sombra, como un recuerdo de amor que recorre el océano. Casi etéreo te ha puesto el amor. Cuando Don Quijote convierte a Aldonza Lorenzo en su Dulcinea, sus carnes están ya secas; su rostro, enjuto. Sólo su espíritu sirve para la amada: "vive y respira en ella".

Hay un embajador que es la antítesis del de Siam: el embajador polaco. Este conversa alegremente; ríe; habla varios idiomas. Es alto, grueso y fornido. Se ve que la embajada pesa muy suavemente sobre sus hombros. Si todos los diplomáticos fueran así, el mundo ganaría mucho. La diplomacia es demasiado seria, demasiado grave, y cualquier cosa la irrita. Cuando se ríe, muestra los dientes como un lobo...

LA LECTURA A BORDO

Es inútil: no puedo leer nada durante el viaje. Abro un libro, y al instante se me cae de las manos. En cambio, ¡cómo leo, con qué fruición leo en todos los rostros, en todas las cosas que veo, en el cielo y en el mar azul! Toda una historia de amor he leído en los ojos de una chica que se pasea inquieta, nerviosa; en las lágrimas de una viejecita que permanece todo el día acurrucada en un sillón, sobre la cubierta del buque, he leído la historia de una abuela que se aleja para siempre de su nietecita... En los ojos del holandés gordo y rollizo leo la historia de un alma que desea endurecerse cada vez más, para semejarse a los metales...

Pero el simpático coronel Mendívil no lee como yo: lee libros, y los lee con afán, y prolonga la lectura durante horas y horas, y codea con frecuencia a la persona que está a su lado para llamarle la atención sobre un pasaje notable. Yo lo contemplo con cariño y admiración, y por los gestos que hace, casi adivino las cosas que está leyendo. Cuando le veo hacer cierto gesto muy característico en él, me acerco a él y le digo:

—Ya tenemos una escabrosa historia de amor...

El coronel frunce el ceño.

—¿Cómo lo sabe usted? — me pregunta.

—Escuche, coronel: tiene su rostro la facultad de expresarlo todo. Cuando usted habla de amor y de mujeres, su rostro cambia totalmente: sus ojos se achican y ganan en intensidad luminosa; sus labios se hinchan...

—¡No sea bromista! — me interrumpe el coronel, sonriendo de un modo encantador.

—¿Quiere usted que le cuente una historia sabrosa? — le dije un día.

—¡Cuéntemela! — me respondió con vivo entusiasmo.

—Era un matrimonio muy feliz. El esposo se parecía mucho a usted, y hasta creo que era militar. Un día le prometió a la esposa un regalo delicioso. Pasaban los días, pasaban los meses, y el regalo no venía.

—¡Dios mío! ¡Qué egoísta eres! — le decía la mujer a su hombre. —¿Qué te cuesta hacerme el regalo prometido? Con cualquier cosa yo me conformo.

Lo besaba, lo acariciaba, pero el regalo no venía...

La esposa estaba por dar a luz.

—Pronto te traeré el regalo, mujercita mía; muy pronto.

—¿Cuándo?

—Te lo diré luego.

Indicóle el día del regalo, que fué, precisamente, el día en que ella dió a luz un robusto varoncito.

—¿Y el regalo? — le preguntó ella después del trance.

—¿Y quieres mejor regalo que éste? — le dijo el esposo, levantando en sus brazos al varoncito. —¿Quién te lo regaló? Di. ¿Quién te lo regaló? Supongo que no habrá sido otro...

El coronel arrojó una carcajada que todavía vive en mis oídos.

—¡Ah pícaro! — me dijo. —Es la misma historia mía...

Después abrió un libro titulado "Historia del Mariscal Sucre" y se engolfó en su lectura.

Sus ojillos vivos y dulces se recrearon en la visión de aquel noble espíritu guerrero, de alma pura, que supo reprimir más de un desbordamiento de Bolívar...

CAPÍTULO VIII

LIMA

Cuando el "Santa Luisa" entró en la bahía del Callao, mi espíritu reposó dulcemente sobre un delicioso mar azul, que me hizo pensar en una sonrisa de la Grecia inmortal. Ya no tenía frente a mí la árida costa, con sus cerros semejantes a enormes montones de arena, que trajo a mis ojos la visión del desierto. Las risueñas casas del Callao y el azul de su bahía regocijaron a todos los pasajeros. Lanchas de diversos colores, balanceándose en el agua tranquila, rodeaban el buque y saludaban a las embajadas de los países amigos. Los "fleteros" aplaudían con mucho entusiasmo, y recibieron con efusión calurosa al viejo amigo del Perú, el internacionalista argentino José León Suárez. En la borda del buque conversé durante largo rato con el noble señor brasileño doctor José Bonifacio de Andrade e Silva, que preside la embajada de su país. Alto, elegante, de rostro ovalado y fina barba negra, se parece a uno de esos antiguos hidalgos españoles que escritores y pintores supieron retratar admirablemente. Es un hombre de letras, y su espíritu se abre al que conversa con él, con la gracia de un hombre de mun-

do. Su figura me ha cautivado; ha traído a mi espíritu recuerdos de la España gloriosa, de la España clásica, de la de Cervantes y Calderón; de las actitudes nobles del famoso Quijano, cuando de sus labios brotaban palabras maravillosas. Mientras en la bahía el ruido era cada vez más ensordecedor, mi espíritu se aquietaba en el íntimo regocijo de recuerdos tan deslumbrantes.

Cuando abandoné el "Santa Luisa" y me senté en la pequeña embarcación que me condujo hasta el muelle, volví a las cosas del presente y sentí el entusiasmo de la enorme muchedumbre que esperaba en el puerto. Un automóvil me llevó en pocos minutos a Lima, por una carretera deliciosa, que me hizo pensar en aquellos largos caminos abiertos por los incas. Vi a un lado de la carretera las "huacas" o tumbas de los antiguos habitantes de estas regiones; y los famosos pajarracos negros, semejantes a cuervos, que se encargan de la higiene, devorándose cuanta inmundicia encuentran. Un cielo nublado daba un tinte gris al paisaje, embellecido por el verde de los árboles, que ahora se multiplicaban, en una lozanía triunfal. Lleváronme por la gran Avenida Leguía, cubierta de jardines y con notables edificios a ambos lados.

Lima me produjo una impresión inesperada. Había oído hablar de una ciudad pequeña, de casas antiguas, triste, sin animación, y me encuentro con una ciudad grande, de calles concurridísimas, en plena actividad; una verdadera colmena. Las mismas casas antiguas, con sus balcones característicos, hacen más bella la ciudad. De noche.

su aspecto es más singular todavía. La he recorrido con mis amigos el coronel Domingo Mendívil, el capitán de fragata Carlos Carbajal y el joven Alberto Gillet. En la plaza de Armas, la mejor de la ciudad, nos hemos detenido para contemplar la famosa Catedral. Su frente es bellísimo, de líneas armoniosas y bajos relieves admirables que no le quitan la sencillez y sobriedad. En la calma de la noche, y entre las pocas luces de la plaza, (la gran iluminación no ha de tardar mucho) resalta la blancura, algo pálida, del templo. Entraré en él y veré todo lo que encierra. La casa de Francisco Pizarro, convertida en Palacio de Gobierno, trae a mi espíritu los recuerdos de una época de heroísmos y tragedias. Hemos recorrido muchos jirones (en Lima las calles tienen ese nombre), sin fatigarnos, deseosos de sentir en nuestra alma el alma de la ciudad, tan famosa en la historia. Lo antiguo, lo vetusto, lo tradicional es lo más interesante en ella; pero lo moderno avanza, y las nuevas casas se van mezclando con las antiguas, y con esta variedad Lima ofrece un aspecto singularísimo. No es ella una ciudad tan grande, ni de líneas armoniosas, como nuestra Montevideo, ni es tan poblada tampoco; pero está en camino de ser una ciudad magnífica, sin perder su carácter tradicional. Progresa rápidamente; hay vida, hay trabajo en ella. Por algunas calles o jirones apenas se puede caminar, por la gran cantidad de gente que circula. Ciertas confiterías y cafés pueden competir con los mejores de Montevideo, y con los buenos de Buenos Aires.

En la plaza San Martín está la estatua ecuestre del prohombre argentino, obra de Benlliure. No me agrada mucho esa escultura, y, soberbio como siempre, surge en mi espíritu el Artigas de Zanelli, maravilla de fuerza y de sobriedad clásica.

La noche es dulce, templada. Las nubes me impiden ver el cielo de Lima. Fray Luis de León hubiera lamentado mucho no verlo, en este sitio de iglesias y de trágicos recuerdos. Pero la calma de la noche es augusta; las sombras hacen más seductora la ciudad. Diríase que en estas horas ella quisiera despojarse de toda su actualidad para vivir con el pasado, en el heroísmo y en la tragedia de sus muertos, en pleno siglo de hazañas y de conquistas, con el oído atento, junto a la tumba de Pizarro...

PIZARRO Y ATAHUALPA

En Trujillo, a fines del siglo XV, vivía un muchacho guardador de puercos, el cual, por habérsele extraviado uno de los animales, no quiso volver a su casa, y se hizo soldado, y marchó para Italia. Después se embarcó, con Alonso de Ojeda, para el Darién; y, finalmente, se estableció en Panamá.

Este guardador de puercos en Trujillo figuró más tarde entre los grandes conquistadores del continente descubierto por Colón; y este guardador de puercos en Trujillo es el mismo que en el año de 1535 echara los cimientos de la ciudad de los Reyes o Lima.

Yo he visto su esqueleto, perfectamente conservado, en la Catedral de Lima, y he recordado su trágica muerte, y el valor desplegado por él cuando, con una capa en el brazo izquierdo y una espada en la otra mano, resistió durante unos momentos el ataque de diez y ocho conjurados. Lo dejaron muerto en su casa, con un criado al lado, pues sus compañeros, menos heroicos que él, habían tratado de ponerse en salvo. En sus últimos momentos habría recordado quizás la muerte de su viejo compañero Almagro, abandonado por él al odio de su hermano Hernando. Una fuerte amistad los había unido antes, tan fuerte, que el historiador Oviedo, refiriéndose a ella, dice: "Parecían un mismo hombre en dos cuerpos".

Francisco Pizarro era un hombre rudo e ignorante; ni siquiera sabía leer. Pero dicen los historiadores que en su entrevista con Carlos V estuvo admirable. Hallábase el emperador en Toledo, fuerte y glorioso como nunca. Era en la primavera de 1528. El hombre rudo, ignorante y analfabeto hizo un relato interesantísimo y conmovedor, realzado por su presencia varonil. Tuvo palabras cálidas, elocuentes, de prodigioso colorido, y una actitud desembarazada.

"Todos escuchaban con interés sumo — dice Prescott, citado también por Jerónimo Becker y González — la historia de sus extraordinarias aventuras, por mar y por tierra, sus incursiones en los bosques o en los tristes y pestíferos pantanos de la costa, sin alimento, casi sin vestido, con los pies destrozados y sangrientos a cada paso que

daban, disminuído el número de sus pocos compañeros por las enfermedades y la muerte, y, sin embargo, siguiendo sus planes con valor invencible para extender el imperio de Castilla y el nombre y el poder de su soberano. Pero cuando pintó su situación solitaria en la triste isla, abandonado por el Gobierno y por todo el mundo, menos por un puñado de compañeros consagrados enteramente a él, arrancó lágrimas — empresa no muy fácil — a su regio auditorio''.

Junto a la de Francisco Pizarro, evoco ahora la figura simpática y trágica de Atahualpa. Cuatro siglos nos separan del drama sangriento que acabó con una civilización digna, por más de un concepto, de alabanzas. Cronistas contemporáneos nos dejaron el relato de aquellos sucesos manchados por la codicia y el crimen. La figura del conquistador Francisco Pizarro me hace pensar en uno de esos terribles cantos del Infierno, en los cuales Dante pinta la tragedia de las almas que en este mundo pecaron. Si en la época del gran poeta florentino se hubieran desarrollado los acontecimientos del Perú y en ellos hubiera puesto su atención el autor de la ''Divina Comedia'', ¡qué cuadro espantoso, más espantoso aún que todos los del poema, no estaríamos leyendo ahora! La víctima frente a su victimario: el inca Atahualpa y Francisco Pizarro expiando sus faltas, con más tormento el segundo que el primero. El espectro de Huáscar atormentando a Atahualpa, y el espectro de Atahualpa atormentando a Pizarro. El inca, relatando sus angustias en la prisión, cuando,

sabedor de la codicia de los castellanos, se ponía en punta de pies y levantaba sus brazos cuanto podía, para decirles a sus carceleros que llenaría de oro y plata el aposento hasta la altura de la pared señalada por sus dedos; después, el saqueo de los templos y palacios; las filas de indios llevando sobre sus espaldas enormes cargas de oro y plata para ser depositadas a los pies del vencedor; el espanto de las vírgenes del Sol o "mamaconas", sufriendo los ataques lujuriosos de los extranjeros; el dolor del inca ante el desastre de su imperio, antes tan floreciente y tan luminoso; la codicia que no se sacia nunca; la deslealtad, la perfidia, la crueldad; la hora última, con la atormentadora visión de la hoguera, y, finalmente, la estrangulación, el garrote infamante en el regio cuello de Atahualpa...

Pero el altísimo poeta doraría estas evocaciones terribles con el oro de un sol radiante. Los incas se decían hijos del sol; ponían sobre su frente una borla encarnada, insignia augusta, que brilló por última vez en la cabeza de Atahualpa. Cuando este infortunado príncipe entraba en Cajamarca, lugar de su tragedia, los últimos rayos del sol doraban las cimas de las montañas; y cuando, en un tumulto y estruendo inesperados, es hecho prisionero, el sol, su padre, había desaparecido ya. Con las sombras de la noche comenzó la amargura del inca. Dos mil vasallos quedaron muertos, y ni uno solo de los castellanos perdió la vida, y sólo uno, el propio Francisco Pizarro, fué herido, y con herida leve.

El imperio se deshace; cae una civilización, y en torrentes de sangre queda sepultada. Pero esa misma sangre ahoga a sus destructores, los cuales son víctimas de la guerra civil.

El viejo Almagro, franco y de noble corazón, cae prisionero de Hernando Pizarro, y pronto es condenado a muerte. El mismo Hernando le notifica la sentencia. Cae el anciano a los pies de su rival; llora, suplica; pero es en vano.

Los verdugos expiaban sus crímenes en esta trágica historia: Hernando Pizarro estuvo veinte años encerrado en un calabozo, en España; y cuando Felipe II ordenó que fuera puesto en libertad, parecía una sombra trágica...

Cuando leo a Oviedo o a Gomara o a Herrera o a otro de los cronistas contemporáneos de aquellos sucesos, siento, bajo la narración sencilla y pintoresca, la tragedia de oro y púrpura que tuvo por teatro al Perú.

Pero volvamos del pasado y refugiémonos en esta cálida hora del presente, en esta Lima de ahora, tan animada, tan sonriente, tan heroica, que festeja la independencia del continente sudamericano, con los colores de su hermosa bandera, con los tambores de sus aguerridos soldados y con la luz que brota de la gloria inmortal de Bolívar y San Martín.

CAPÍTULO IX

LIMA, MI SECRETARIO Y YO

Me encuentro, pues, en la gran ciudad del Pacífico, que está en pleno hervor patriótico. Antes de arrojarme al torrente de las fiestas, he querido encerrarme en mi habitación del hotel "Plaza" para dar reposo a mi espíritu, o más exactamente, para hacerlo trabajar en interesantes meditaciones. Mi secretario ha tenido la misma idea; también él desea meditar, abstraerse del bullicio, mirar hacia dentro de su alma. Sólo que la meditación en él lo lleva rápidamente al sueño, a un sueño dulce y reparador, y yo me quedo solo en el cuarto, con mis pensamientos. Viendo dormir a mi secretario, recuerdo el sueño de Sancho, no pórque mi secretario tenga el espíritu de Sancho, sino por la despreocupación o el sosiego con que se ha dispuesto a dormir.

—"¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos

de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a pensar tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto; contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores".

Esto, y algo más, dice Don Quijote a Sancho, que roncaba. Las palabras del famoso caballero andante no despertaron a su escudero. Tuvo que valerse Don Quijote del cuento de su lanza para hacerle volver en sí. A falta de lanza para conseguir lo mismo con mi secretario, le arrojé un zapato, que le hizo volver en sí.

—Estaba meditando — me dijo —, cuando el maldito sueño me hizo cerrar los ojos. ¡Qué bien se duerme en esta ciudad!

—¡Ojalá todos los limeños duerman con ese sueño sosegado de que acabas de salir! ¿Has notado lo laboriosa que es esta ciudad? Todos trabajan; todos quieren engrandecerla para las fiestas; todos escuchan alborozados la voz del patriotismo. Diríase que el corazón de toda América está en ella ahora, y que ese corazón late tumultuosamente. ¡La histórica ciudad de Pizarro! Vestida de gala, para festejar la libertad de América, no olvida su origen, la cuna en que se meció, y soñando con un porvenir venturoso, vuelve sus ojos hacia el pasado, y quiere a España, a la madre, a pesar de Ayacucho.

Mi secretario y yo nos asomamos después al balcón. El cielo está nublado, pero nadie teme a las nubes en Lima. La lluvia es desconocida en esta ciudad; apenas una tenue llovizna humedece alguna vez la ropa de los transeuntes. Tenemos frente a nosotros la Catedral, orgullo arquitectónico de Lima. Otras muchas iglesias la embellecen también. ¡Ciudad católica? No lo sé, ni me interesa saberlo. Sólo sé que si el espíritu religioso es fuerte en Lima, ese espíritu religioso no ha apagado en el alma de los limeños la alegría de vivir. Hay más alegría en Lima que en Montevideo, y conste que hablo ahora de la ciudad en los días que precedieron a las fiestas. Una alegría más dulce, más sana, más íntima: una alegría honda, de alma, y no esa alegría forzada, perversa diré, que pone sonrisas en el rostro y no ahuyenta las sombras del alma. En las mismas palabras de los limeños se traduce ese contento íntimo. Aman la ciudad sin los vanos alardes de los patrioteros: la aman profundamente, con íntimo fervor.

Cae la tarde, y mi secretario y yo permanecemos en el balcón, aspirando el hálito de la ciudad, y removiendo las entrañas de la historia, de la historia épica y trágica que creara a Lima, en un siglo de aventuras y de conquistas.

LA CHOLA

Llegué a Lima una semana antes de comenzar las fiestas; podré, pues, aprovechar unos días para recorrer tranquilamente la ciudad. Hay un en-

canto en pasear desconocido por una ciudad: el espíritu mira y observa con más calma. Nadie me detiene, nadie me interrumpe en esta búsqueda de impresiones. Aunque mis ojos se claven con obstinación en las personas o en las cosas, a nadie llamo la atención; el alma de la ciudad me deja en mi puesto, sin ahogarme entre sus preocupaciones y afanes, y con placer exquisito voy anotando en la mía todo lo que observo.

Pasa una chola... Es una mestiza, vendedora de frutas, de grandes ojos negros y tristes. Carga a su hijuelo en las espaldas, metido en una especie de bolsa, y lleva en cada mano una enorme canasta. Camina lentamente, siempre triste, como si llevara en su alma la tristeza de la raza que cayó con el inca. Luce en su cabeza un sencillo sombrero de paja, sin adornos. Se detiene en una esquina para descansar. No pregona su mercancía, ni se entretiene en acariciar la preciosa carga que lleva en sus espaldas. ¡Oh madre que paseas tu tristeza por las calles de Lima! La mercancía te impide llevar en los brazos, junto al pecho, el fruto de tus entrañas. Cargas con él porque no tienes quien te lo cuide, o porque no quieres separarte de él un solo instante. Mis ojos te siguen; escudriñan los tuyos y beben su tristeza... ¿Qué más puedes darme, ¡oh chola!, que llevas a las espaldas la carga más divina que Dios puso en la mujer?

EN BUSCA DE UN BASTÓN

He llegado a Lima sin bastón. Esto, que parece baladí, no lo es, sin embargo. El bastón es inseparable del limeño más o menos distinguido. Nunca se le cae de las manos; lo lleva con elegancia; forma parte integrante de su persona. Se despierta en mí, por ello, el deseo de tener un bastón, y voy por las calles de Lima en busca de una casa en que se vendan bastones. Pero, como es día de fiesta, todas las casas de comercio están cerradas. Mis deseos se enardecen, no obstante: tener un bastón en esos momentos me parece la realización de un ideal. ¡Ah, si encontrara algún amigo limeño que me regalara el suyo!

Entro en un café, y al instante me encuentro en un círculo de amigos, con bastones todos ellos. ¡Con qué codicia miran mis ojos la vara con puño y contera, que no se escapa de las manos de mis compañeros! Tomo una, y comienzo a elogiarla, y apoyo mis manos sobre ella, como ejerciendo un acto de posesión. Su dueño parece no adivinar mis deseos.

—Me he venido desde Montevideo sin bastón — les digo —, y no sé dónde comprarlo.

Mis palabras caen en el vacío. Decididamente nadie me regalará un bastón. Si pudiera uno quedarse con el bastón ajeno como se queda con una caja de cerillas...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora del alba, compro el bastón; pero muy pronto desaparece de mis manos...

Mi secretario no lo suelta de las suyas, y se sienta a la mesa con él a su lado, y lo mira con cariño, como si fuera a darle de comer...

MI FRAC

—Romualdo, ¿ha visto usted mi traje de frac?

—No, señor.

—¡Caramba! Lo busco y no lo encuentro. Lo he revuelto todo. ¿Andan, acaso, ladrones por aquí?

—No, señor.

—¿Entonces? Yo tengo que ir al baile de esta noche.

El traje de frac no aparece. Disgustado, me meto en la cama y me dispongo a dormir. A las cuatro de la madrugada abren la puerta de mi cuarto, y aparece el secretario vestido de etiqueta, con mi frac y mi sombrero de copa.

—¿Qué es eso? — le digo, incorporándome en la cama.

—Nada — me responde él con toda frescura. —Yo recibí también invitación para el baile, y como no tenía traje de etiqueta... ¡Qué hermoso estuvo el baile! ¡Qué divinas las limeñas! Todos se extrañaban de que usted no hubiera ido al baile, y todos admiraban mi elegancia, la línea de mi frac, el garbo con que llevo el sombrero de copa... Una limeña se enamoró de mí. ¿Pero por qué no fué usted al baile? ¡Qué tonto ha sido usted!

Tuve que taparme los oídos para no desesperarme más.

CAPÍTULO X

SANTOS CHOCANO

Un poeta en Lima, un gran poeta. La ciudad vale más todavía: cargada de ensueños, ella ha coronado a su poeta, a Santos Chocano; se ha honrado, se ha regocijado en él, y ha puesto con honda emoción la corona de laurel sobre su frente. El poeta vive ahora en ella y para ella; ha vuelto a ella después de una larga peregrinación por el mundo, y ha aquietado su espíritu, y ha bebido el agua del más puro patriotismo, y ha llenado sus ojos con la claridad de las glorias épicas, y acaba de cantar a la patria con numen excelso...

Santos Chocano me ha visitado. No lo había visto nunca, y declaro que su figura de hombre guarda armonía con su estro divino. Otros poetas y escritores me han producido amarga desilusión: sólo he visto en ellos pedantería. En cambio, Santos Chocano reune a un físico agradable una conversación noble, sencilla, sincera. Habla de todo con bondad; no opina de un modo resuelto o dogmático sobre las cuestiones que se le plantean, y hay en sus recuerdos una nota de suave melancolía, que apenas pone sombra en sus ojos claros.

Fuí a retribuirle la visita en su casa del Jirón Correo. Me recibió en una hermosa sala que da a la calle. Es un hombre de unos cincuenta años de edad, de regular estatura, grueso, cara blanca y redonda, de nariz algo roma. Viste con elegancia, sin ninguna afectación. Tuvo recuerdos muy dulces para el Uruguay y la Argentina, y está enterado del movimiento intelectual de estos países. Recordó con afectos al poeta Julio Herrera y Reissig, a quien conoció en Montevideo, hace ya muchos años. Recordó también a nuestros mejores poetas de ahora, y, entre ellos, a Juana de Ibarbourou, que pone al lado de Alfonsina Storni, argentina, y de Gabriela Mistral, chilena. También elogió calurosamente a María Eugenia Vaz Ferreira, más grande que todas, por su honda espiritualidad, por su dolor y por la belleza de la forma. De nuestro viejo poeta Zorrilla de San Martín, dijo sencillamente que bastaba recordarlo como autor de "Tabaré" para proclamarlo excelso poeta. Aquí el entusiasmo de Santos Chocano se acrecentó mucho. "Tabaré" es, a su juicio, un poema de un encanto único, una verdadera creación. Recordamos algunos pasajes del poema, sobre todo, los cantos cuarto y quinto del libro tercero.

¡Tú morir! Cuando el indio con sus manos
        Vuelque todas las aguas
Del "Hum" y el "Uruguay", y allí derrame
Toda la sangre de su obscura raza;
Cuando en sus dientes Tabaré el charrúa
        Destroce las escamas

Del yacaré, y al tigre con los dedos
Arranque palpitantes las entrañas,
Aún entonces la virgen de los sueños
Se moverá gallarda;
Todas las flores se abrirán para ella,
Y cantarán por ella las calandrias.
. . . .

En la mente del indio se disipan
Las visiones, y clava
Con dulce intensidad en la española
Sus pupilas ardientes y cansadas.
Sus ojos en los ojos de la niña
Largo rato descansan;
Una gota de llanto brota en ellos
Y brilla tristemente en sus pestañas,
Y su voz se transforma, y suena dulce
Como suenan las auras
En los bosques del "Hum", cuando las sombras
Que durmieron en él se desparraman.
. . . .

El aire está poblado
De susurros que pasan;
Como en un velo de cristal envuelto
El campo brilla entre aureolas diáfanas.
Con intervalos breves,
Del arbusto en las ramas,
Su cantarcillo igual lanza el chingolo,
Prolongando la nota con que acaba.
. . . .
Cruzan por los bañados
Cubiertos de espadañas

Sobre las cuales desarrolla al aire
Su penacho gentil la paja brava;
Allí los mirasoles
Abren sus verdes alas,
Y lanzan estridentes alaridos
Los pesados "chajás" en las barrancas.

Recordando estos trozos de "Tabaré", yo sentía algo así como el perfume de mi tierra, en la lejana ciudad del Pacífico.

Santos Chocano seguía hablando. Yo lo escuchaba con inmensa satisfacción, y me halagó muchísimo (la vanidad es cosa que no se separa del hombre) que conociera algunos trabajos míos. El ilustre poeta es un espíritu generoso, que todo lo observa y estudia. Su Torre, como él mismo lo dice, en una de sus magníficas poesías, es de cristal:

No es marfil, como quería
el gran poeta que un buen día
se aisló del tedio universal...
Tiene otro gesto mi osadía...
No es marfil la Torre mía:
la Torre mía es cristal.

Santos Chocano elogia a Leguía y su política. Me ha dicho que Lima ha progresado rápidamente en estos últimos tiempos, gracias a la tenacidad del Presidente de la República. Recuerda sus andanzas por Nicaragua y los tristes meses de su prisión en aquel país. Pronto emprenderá un viaje a Buenos Aires y a Montevideo.

Me despido de Santos Chocano, y ya en la calle, dirijo mis ojos hacia uno de esos balcones coloniales, que prestan a Lima un encanto singular; y al instante acuden a mis labios las estrofas de una antigua poesía del bardo limeño:

La pompa colonial de tus balcones
Simula un cofre de imperial tesoro,
Que debiera tener incrustaciones
De concha, perla y ornamentos de oro...

Siglos duermen ahí, cual golondrinas
Con las nostalgias del placer exiguo.
¡Oh catafalco de la Edad en ruinas!
¡Oh monumento del Amor antiguo!
¡Oh, qué escalas de seda colgaría
De tus balcones el abuelo amante,
Que, en las noches de luna, subiría
En pos quizá de un beso palpitante!

EUGENIO GARZÓN

Eugenio Garzón se encuentra también en Lima. Es siempre el admirable viejo, conversador delicioso, que cautiva a los que lo tratan. Conserva un espíritu juvenil, a pesar de sus setenta y ocho años; camina con soltura, luciendo, sin afectación, su elegante silueta. Un "gacho" negro, que en la cabeza de otro hombre sería ridículo, en la de don Eugenio, adornada de una abundante cabellera blanca y lacia, está en armonía con la elegancia del que lo lleva. Eugenio Garzón ama todo lo que

se destaca o brilla con caracteres singulares; desdeña lo común, lo vulgar, lo mediocre. Tiene para sus viejos amigos de Montevideo los recuerdos más dulces, sobre todo, para Daniel Muñoz, a quien elogia calurosamente. Me ha dicho que volverá a emprender su noble misión americanista en "El Tiempo" de París, y que en ella seguirá hasta la hora de su muerte.

—Nunca — me dice él — hice valer el apellido que llevo. Traté de formarme por mis propios esfuerzos y de hacerme digno del nombre de mi padre. En realidad, no hice nada por su memoria; pero ahora que he realizado mis aspiraciones y recorrido un camino, bueno o malo, con mis propias facultades, viviré para mi padre, sin temor de que se me diga que quiero aprovecharme de su ilustre nombre.

Eugenio Garzón es un alma nobilísima; la elegancia no es en él signo de frivolidad, sino de delicadeza espiritual. Lima está orgullosa de contarlo entre sus huéspedes ilustres, y yo, de tener un noble amigo más.

Sus setenta y ocho años causan admiración. La elegancia, la fina distinción y la espiritualidad viven todavía, y con vida fresca y juvenil, en don Eugenio. Hay en estos viejos que conservan la frescura del espíritu, un encanto indefinible: diríase que sonríen burlonamente al Tiempo, como despreciando sus ataques y sus estragos. Sin haber entregado el alma a Mefistófeles, saben amar todavía, y arrojarse al torrente de los placeres con la fuerza de la juventud. No los asusta la pro-

ximidad del sepulcro: la vida sonríe para ellos en la hora presente; lo otro no debe inquietarlos. Sus blancos cabellos no son sino un disfraz, pues la primavera no los ha dejado todavía. No hay cenizas en sus almas: arde todavía en ellas el fuego. Faustos que nada deben a pactos o artes diabólicos, de nada tendrán que arrepentirse, y la muerte vendrá hasta ellos como un dulce sueño...

ROMUALDO

Prestigiemos a los humildes. "Prestigiemos" he dicho, y el lector me va a permitir un paréntesis. El diccionario de la Real Academia no trae el verbo "prestigiar" con el sentido en que lo empleamos comúnmente. "Prestigiar.—Hacer prestigio, embaucar". "Prestigio.—Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio". Sin esta explicación, un purista de la lengua diría que yo pido que se engañe, que se embauque o se fascine a los humildes. Ensalcemos a los humildes, diré con más exactitud; es decir, tratemos de engrandecerlos.

Digo esto al recordar uno de los episodios de mi viaje a Lima. No han de ser todos hombres famosos o de prestigios los que figuren en estas páginas de viaje: quiero dejar un sitio para los humildes, para los ignorados, para los que viven sirviendo a los demás, atentos a sus caprichos o vanidades.

Conocí a Romualdo en Lima. ¿Quién era Romualdo? Romualdo era el sirviente o mucamo del hotel en que yo me había alojado. Romualdo ha-

bía venido del interior del Perú, de las sierras donde naciera. Es un mestizo, de facciones rudas, de escasa inteligencia; pero bueno y trabajador. Llegó a Lima en esos días de esplendor patriótico, y quedó asombrado, cohibido. No se atrevía a salir a la calle: tenía miedo a la ciudad bulliciosa, a sus fiestas, a sus músicas marciales, a sus ilustres huéspedes, a los alborotos de un centenario patriótico. Después de las horas de servicio, se sentaba en una tosca silla, y cerraba los ojos, pensando acaso en la sierra natal, en su pasada vida agreste. Tenía que lidiar con muchísima gente de fuste. Continuamente veía salir del hotel embajadores e invitados vestidos de gala, y sus ojos se clavaban con asombro en los entorchados, en las insignias y en los sombreros de copa.

—¿Qué hace usted ahí, Romualdo? — le preguntaba yo, viéndolo en su rincón, triste, fatigado.

—Ya lo ve, señor; descansando.

¡Descansando! ¡Pobre descanso! Descanso de bestia que a las pocas horas volverá al trabajo rudo.

—Asómese usted al balcón, Romualdo. La ciudad está muy alegre.

—¿Para qué, señor? — respondía él.

Y cerraba los ojos, y se quedaba inmóvil.

Parecía que nada llegaba de la ciudad a sus oídos. Su único mundo era el hotel; su única preocupación, arreglar las habitaciones; su único solaz, sentarse y cerrar los ojos...

—Un señor acaba de reprenderme — me dijo un día.

—¿Por qué, Romualdo?

—Porque el baño estaba frío. Se puso furioso. Parece que es un general de Venezuela o de Colombia. Lleva en el pecho muchas cruces y muchas medallas. Creo que debe de ser poderoso.

Romualdo se había puesto triste.

—¡Qué dirá ese señor de mí!

—¿Pero usted tiene la culpa, Romualdo?

—No, señor. Todavía no tenemos baños calientes en el hotel. Pero el general se ha enojado conmigo.

Romualdo me hablaba a veces de su lejano pueblo.

—He venido de allá para trabajar — me dijo un día. — He dejado todo allá, todo.

—¿Todo, Romualdo?

—Sí, señor, todo. Hasta una hijita idolatrada, que tiene unos ojos negros bellísimos. Estoy juntando dinero para ella.

—¿Cuánto ha juntado usted hasta ahora, Romualdo?

—Cuatro soles. No he podido juntar más.

¡Cuatro soles! Un sol es una moneda peruana que vale apenas cuarenta centésimos de los nuestros.

—¿Cuánto gana usted aquí, Romualdo?

—Veinte soles por mes.

Yo, que estaba vestido de frac, para asistir a un gran baile, me quité el frac y lo arrojé sobre una silla.

No tuve valor para ir al baile. ¿Habrá comprendido mi gesto Romualdo?

CAPÍTULO XI

EL NOMBRE DE RODÓ EN LIMA

Las recepciones de las embajadas en Palacio se han realizado con mucho brillo; y las simpatías de que goza el Perú han sido puestas en evidencia. El señor Leguía puede estar satisfecho del éxito con que se inician las fiestas del centenario de Ayacucho.

Yo me encuentro en Lima como en mi propia ciudad: pocas horas han transcurrido desde mi llegada, y ya me parece la ciudad de los Reyes una urbe familiar. Después de un largo viaje, me parece estar todavía en mi casa, entre mis amigos, con mis ocupaciones habituales.

He leído con íntima satisfacción el discurso con que el Presidente Leguía contestó al del embajador extraordinario del Uruguay, general Domingo F. Ramasso. Su párrafo final produjo en mi espíritu una emoción intensa. Helo aquí: "Uruguayo es el más grande pensador de América, José Enrique Rodó, como fué uruguayo también Artigas, el más famoso caudillo de la emancipación americana. El uno ha forjado el carácter, y el otro, disciplinado el pensamiento de vuestros conciudadanos".

Nuestro Rodó ha sido, pues, recordado como una gran figura americana, por un prestigioso jefe de Estado, y en un acto de carácter oficial, diplomático, de fórmulas casi siempre protocolares. Como uruguayo tengo que enorgullecerme de ese recuerdo y agradecer al señor Leguía sus nobles palabras. El recuerdo de Rodó ha entrado esta vez en Palacio, en esta ciudad histórica, y ha puesto una nota cálida en los protocolos de recepción. Nunca vimos en nuestro país al gran pensador subir las escaleras del Palacio de Gobierno como Presidente o Ministro, ni tampoco sabemos que haya subido las del Palacio de Gobierno de algún país amigo, con el carácter de enviado o embajador extraordinario. Pero su nombre glorioso lo ha podido todo: ha resonado en las recepciones oficiales; se ha cruzado con los fríos discursos diplomáticos; ha brotado de los labios del Presidente de una República durante las ceremonias oficiales; ha sido puesto al lado del de los héroes de la independencia americana, y ha entrado ya en la gloria definitiva.

Todo ello es justo, merecedor. Rodó es el escritor más puro, más artista, más sereno de América; el más maestro de todos, el más disciplinador de todos; el más austero, el más exquisito. Sin ruidos, sin pedanterías, labró para su espíritu las alas de un Ariel magnífico.

En la tierra de los incas, en esta Lima vetusta y moderna a la vez, y en horas de magnífica recordación histórica, su nombre vibra como una justa expresión del pensamiento americano. Nun-

ca me he sentido tan orgulloso como uruguayo y como escritor: son actos raros estos recuerdos en Palacio, en medio de las preocupaciones políticas, entre las fiestas aparatosas.

Más dulce, más hermana, más familiar me parece ahora esta ciudad. Todas sus cosas me hablan de la mía; todos sus hijos me parecen compatriotas míos; toda su alma se hermana con mi espíritu, y, escribiendo esto, siento su abrazo fraternal.

EN EL HIPÓDROMO

Nuevamente voy a hablar de Eugenio Garzón, el "gentleman" exquisito, de fina gracia espiritual. Estamos en el hipódromo de Lima, en la tribuna oficial. Es una tarde hermosísima. Don Eugenio está alegre; luce su elegancia de una manera inconsciente, sin poner atención en ella. Piensa en su querida Francia, pero se halla muy bien en esta ciudad, donde la memoria de su ilustre padre será muy pronto glorificada. En el palco oficial, don Eugenio conversa con personas que le fueron presentadas el mismo día de su llegada. A una de ellas no la había reconocido, y, excusándose, le dice:

—Para ver a mis amigos necesito los lentes; sólo a las mujeres veo sin ellos.

Y se ríe con su gracia característica.

Después me lleva a un rincón y me dice:

—Tengo ganas de gritar: ¡Viva Pancho Villa!

—¿Por qué, don Eugenio?

—Se lo diré después.

—¿Me autoriza para que publique la causa de ese deseo?

—Sí, mi amigo. Yo no oculto mis sentimientos. Por lo demás, nada tiene que ver mi grito con este gentil país ni con su Gobierno hospitalario. Cuando usted sepa el motivo, quizás esté de acuerdo conmigo.

En eso llega el Presidente Leguía acompañado de sus Ministros. Hablo con el mandatario del Perú, y quedo encantado de su conversación. Don Augusto B. Leguía es un hombrecito delgado, menudo, elegante, de suaves maneras. Nadie diría, al verlo, que este hombre gobierna con tanta energía, con voluntad tan férrea. Es un Presidente popularísimo; todo el mundo afirma aquí que Lima, en los últimos cuatro años, ha progresado de un modo asombroso, gracias a la tenacidad del señor Leguía. El público congregado en las carreras aclama al Presidente. A don Eugenio le ha producido también una excelente impresión el señor Leguía.

—Admiro — me dice él — todo lo que es voluntad, energía, acción, dinamismo. Nuestra América necesita eso. Sin salir de la legalidad, un jefe de Estado puede hacer mucho, en el sentido de una acción eficiente.

El señor Leguía sigue con mucho interés las carreras. La reunión en el hipódromo es animadísima. Bellísimas limeñas se entusiasman también por las carreras, y hasta juegan. Lima ha dejado de ser la melancólica ciudad colonial de que tanto se me ha hablado.

Don Eugenio se ha separado de mí y se ha puesto a conversar con unas niñas peruanas encantadoras, sin echar de menos los lentes. El oro del sol cae sobre la pista, con prodigalidad.

Cuando la reunión ha terminado, don Eugenio clava sus ojos en alguien, y vuelve a decirme, como un niño travieso:

—¡Qué ganas tengo de gritar: "¡Viva Pancho Villa!"

—¿Por qué, don Eugenio?

Entonces calma él mi curiosidad, y me dice con toda franqueza el motivo de ese grito, y me autoriza a revelarlo en el libro que yo escriba sobre mi viaje al Perú.

Resulta que don Eugenio no quiere a los norteamericanos. Rodó los admiraba, pero no los amaba; don Eugenio no los ama ni los admira. Su ideal latino se encrespa cuando le hablan de los Estados Unidos. Recuerda él las páginas de "Ariel" sobre los americanos del Norte. "Carecen — dice Rodó — de ese don superior de "amabilidad" — en alto sentido —, de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. Aquella civilización puede abundar o abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto, pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triun-

falmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Ática, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno''.

—¡Cómo rechaza mi espíritu ese modo de ser de los norteamericanos! — me dice él. —Ese general, que hoy es huésped de Lima, no me agrada absolutamente, ni como militar ni como hombre. ¿Sabe usted lo que hizo con él el mejicano Pancho Villa?

Don Eugenio me narró un episodio sabroso, y concluyó diciéndome:

—Por eso le digo a usted que me dan ganas a cada momento de gritar: ''¡Viva Pancho Villa!''

Luego don Eugenio se perdió en un grupo de niñas encantadoras, entre las cuales su vejez graciosa resultaba más simpática aún.

EL TEDÉUM

El tedéum celebrado en la Catedral fué imponente. Toda Lima se había volcado en la plaza y en la iglesia para ver al Presidente de la República, a los embajadores y a los demás huéspedes de la ciudad. El mar de gente no permitía el menor movimiento. La gloria de Ayacucho fué bendecida por los sacerdotes, y uno de ellos habló largamente, desde el púlpito, de la inmortal fecha. Cánticos religiosos, entonados por un coro

magistral, resonaban bajo las bóvedas del templo, con energía de batalla, como dirigidos por un dios guerrero. El Presidente se hallaba sentado frente al altar Mayor; de cuando en cuando se le acercaba un sacerdote con una cosa santa en las manos, para que la ilustre persona la besara. Los embajadores y personas del séquito ocupaban toda la nave central. Afuera, en la plaza de Armas, el gentío inmenso se movía a duras penas hacia la Catedral, como un mar que quisiera azotarla con sus olas...

¡Ayacucho! ¡Bolívar! ¡San Martín! ¡América libre! ¡América, tierra de libertad! Todo un estruendo de patriotismo, de páginas históricas brillantísimas, entre el humo del incienso. Los héroes de batallas entre los libros santos; la gloria de Bolívar y de San Martín subiendo al cielo en los cánticos sacerdotales. Lo épico, lo batallador pasando como un estruendo por delante de la dulcísima imagen de Jesús, todo amor, todo bondad, todo paz. El patriotismo, por más noble, por más grande que sea, implica ya una limitación de la bondad. La libertad no se conquista si no se odia con toda el alma al opresor.

Los sacerdotes se enardecían con el recuerdo de las glorias épicas, mientras, afuera, el sol de los incas caía sobre Lima como una lluvia de oro.

UN BAILE EN EL PALACIO DE TORRE TAGLE

El palacio de Torre Tagle es una de las bellezas de Lima. Nadie sale de él sin haber admirado su

deliciosa arquitectura colonial. Tiene dos siglos, y fué la mansión señorial de los marqueses de Torre Tagle. Patios, salones, corredores, balcones, todo es bellísimo en ese edificio; todo es en él de una sencillez artística admirable. La madera oscura contrasta deliciosamente con la piedra, y hay en el centro del patio una pequeña fuente, también colonial, que sirve de encanto a los ojos. Cuadros y adornos de la época están de acuerdo con la grandeza artística del palacio. Belleza, comodidad, amplitud, aire, todo esto ofrece la antigua mansión señorial de Torre Tagle.

La noche del viernes 12 de diciembre se realizó en el magnífico palacio un gran baile en honor de las embajadas y de los invitados especiales. A las doce de la noche no se podía andar libremente ni por los salones ni por el patio del palacio. Embajadores, altos funcionarios, distinguidos caballeros peruanos, bellísimas damas limeñas, luciendo casi todas ellas un mantón de Manila, aumentaban el encanto de la regia casa. El Presidente Leguía fué saludado con aplausos cuando entró en el palacio. Varias orquestas invitaban al baile; pero las parejas se movían con dificultad, de tal modo, que, en realidad, aquello no era baile, sino apenas un suave movimiento cadencioso, al compás de la música. Pero si las parejas no pudieron gozar libremente de un verdadero baile, el esplendor y la animación de la concurrencia lo compensaban todo. Tuve oportunidad en este baile de admirar la belleza de la mujer limeña, sus grandes ojos negros, la música incomparable de

su voz, el lujo de sus trajes, la fina gracia de sus modales.

La embajada pontificia, así como numerosos prelados, con sus amplias capas de color morado, ponían un esplendor más en el palacio.

Yo no bailo; pero siento un placer exquisito viendo bailar.

—Fíjese usted en aquellos dos — me dijo un distinguido señor, miembro de la embajada argentina. —¡Con qué entusiasmo están bailando!

Miré a los que me señalaba el argentino, y distinguí al coronel Mendívil, que a pesar de su gordura, bailaba con gallardía, prendido a una limeña de ojos encantadores.

Yo estaba arriba, en los corredores del palacio, y el coronel bailaba abajo, en el patio del palacio. Recordé mis travesuras de niño y dejé caer sobre la cabeza de mi gran amigo un paquetito de caramelos. El golpe no fué nada suave que digamos, y, sin embargo, el coronel continuó bailando, atraído por aquellos ojos irresistibles...

¡Oh Lima, ciudad de encantos femeninos! Aunque el cañón hubiera retumbado cerca del coronel, éste habría continuado bailando, llevado, seducido, arrastrado por la luz de unos ojos divinos, que remedaban el cielo de la noche con sus estrellas. ¡Amor, Amor! ¿Recuerdas, lector, la encantadora fábula de La Fontaine, titulada "Le lion amoureux", y que termina así:?

Amour! Amour! quand tu nous tiens,
On peut bien dire: Adieu prudence!

Pero... ¡silencio! Esos ojos divinos que me hablan del cielo, me atraen con fuerza irresistible, y de buena gana hubiera yo arrebatado al coronel su pareja, para hundirme en la luz de esos ojos, que, como el agua que ofreciera Jesús a la samaritana, calman la sed para siempre... Pero yo no soy un envidioso de la dicha ajena. Entré en una de las salas del palacio para admirar el retrato del marqués de Torre Tagle, que parecía presidir la fiesta, con su aire señorial, y bellas cosas de antaño acudieron a mi espíritu, que se movía hacia el pasado como en un río de reposo y dulzura.

UNA CORRIDA DE TOROS

Una corrida de toros en Lima atrae muchísima gente y la apasiona, como el "football" en el Uruguay. La plaza de toros es hermosa. Cerca de ella se levanta el cerro de San Cristóbal, grande, elevado, a cuya cima se puede ascender fácilmente, gracias a cierta disposición del terreno, en forma de gradas. El paisaje es delicioso: sol y sombra en la plaza; la cima del cerro se recorta bajo un cielo azul; muy cerca corre el río Rimac bajo un puente; y cuando la corrida está a punto de comenzar, la gente que no quiere o no puede entrar en la plaza, trepa a la falda del San Cristóbal, y desde allí ve la lidia, aunque un poco lejana.

De la corrida que tuve ocasión de ver, por invitación del Ministro de Relaciones Exteriores, sólo conservo una impresión sangrienta, horrorosa:

un caballo con las vísceras afuera, que tarda en caer al suelo, y clava sus ojos en el público, y estira el pescuezo mientras la gente aplaude rabiosamente...

No quise ver más nada; ni siquiera a Belmonte, el famoso torero, que fué aclamado con entusiasmo delirante.

El pobre bruto estaba allí, inmóvil, ofreciendo el espectáculo horroroso de su vientre abierto; obstinándose en no caer, en no morir; olvidado de todos.

Sé que los taurófilos se ríen de estos accidentes de las corridas. Yo los admiro sinceramente, sin ironía alguna, pues desearía que la estética del espectáculo me deslumbrara como a ellos, endureciendo un poco las fibras de mi corazón. Pero por más esfuerzos que hago no puedo olvidar a la pobre bestia, que se obstina en no caer, en no morir, como si esperara una palabra de conmiseración para ella o un gesto de condena para sus verdugos...

Todo el mundo sonríe, y un sol magnífico extiende un manto de oro sobre el caballo, cuando lo sacuden los últimos estertores de la agonía.

CAPÍTULO XII

BOLÍVAR

La estatua de Bolívar ha recibido, en las fiestas del centenario de Ayacucho, el homenaje de todas las naciones de América. Los oradores que hablaron junto a ella, dijeron que Bolívar llegaría a ser un dios para las generaciones futuras. Yo creo que ya lo es. Es un dios como esos divinos héroes de la mitología griega; dios clásico, chispa inmortal que baja a la tierra para encender el alma de un hombre, y exaltarla en la acción, sin quitarle sus pasiones, sus vanidades, sus errores. La América montañosa, volcánica — volcánica geológicamente, y volcánica espiritualmente — tuvo su héroe adecuado. Bolívar deliró en el Chimborazo, en su propio trono. Su alma se sentía bien, dentro de un haz de nervios. Su vanidad y orgullo eran un delirio de dios. Su brindis, en el banquete de Guayaquil, es la afirmación osada de un alma que está en todo el continente americano, esparcida sobre él como un fuego que consume todos los obstáculos. Alma sacudida entre obstáculos fué la de Bolívar; limitada por las otras almas, pasó por encima de ellas como un carro de victoria sobre cuerpos vencidos. Impetuosidad en

la acción y en la idea: tal fué la virtud y tal fué el vicio del alma de Bolívar.

Pero siempre fué la llama divina que ardía en un haz de nervios, en un cuerpo sacudido por vibraciones.

Tal he visto a Bolívar en el monumento de la plaza que lleva su mismo nombre. Fogoso el caballo, arriba las patas delanteras, encorvado el cuello, abierta la boca, el héroe que monta sobre él parece complacerse en esa nerviosidad sublime, e ilumina al bruto con el fulgor ardiente de sus ojos.

La oratoria fué copiosa; una oratoria de diplomáticos, a ratos cálida, vibrante; con frecuencia artificiosa, altisonante, sembrada de vaguedades. Pero de esta manera estalla siempre el patriotismo en las fiestas: es vistoso; luce colores brillantes; es ruidoso y marcial.

La tarde es de un gris oscuro; el cielo de Lima está cubierto de nubes densas, que parecen estar a punto de descargarse en una lluvia torrencial. Pero en Lima no llueve nunca; apenas una finísima llovizna, como un rocío, humedece a veces las calles...

La bandera peruana, como la sonrisa de una bella boca femenina, (algo de esto dice el poeta Villaespesa en su drama "Ayacucho", recordando las dos listas rojas y la blanca entre ellas, de la bandera) se lleva todos los saludos y todos los latidos. Bajo el cielo gris oscuro desfila el ejército del Perú.

Bolívar, en la estatua, domina al fogoso bruto,

y la ciudad se deshace en una fiesta triunfal, y es toda vibración, y toda clarín de guerra; y, en esta hora, se me antojan los corazones cajas sonoras o tambores...

EL PRESIDENTE LEGUÍA

En todas las fiestas aparece don Augusto B. Leguía, sonriente, vivaz, apretando las manos de todos los que se acercan a él. El presidente de una república es un señor que no puede contentar a todo el mundo: siempre tendrá opositores, pues no se concibe una democracia sin oposición. Yo no quiero entrar aquí en consideraciones de orden político, en lo que atañe a la situación del Perú. Sólo quiero pintar a mis lectores lo que he visto y oído en los días de fiesta, y, por lo que respecta al Presidente, no he oído sino palabras de encomio y de entusiasmo. Los efectos de su política han sido eficacísimos para el progreso. ¿Cómo es esa política? ¿Es esencialmente democrática? La palabra "democracia" es una palabra que deslumbra a los espíritus: es el verbo que señala a los pueblos el camino de la libertad y de la dicha... Pero hay palabras cuyo significado no se ajusta a la realidad de los hechos; no existe verdaderamente en ningún país una democracia real. La fuerza de las cosas, la necesidad de las cosas apagan el brillo y la sonoridad de esa palabra en los hechos. Lo indudable es que cuando un pueblo apoya los actos de su mandatario, no entra a averiguar si esos actos se ajustan o no a una verda-

dera democracia; los ve traducidos en hechos beneficiosos para el país, y queda satisfecho. Todo esto se puede afirmar con respecto a la política del señor Leguía, lo cual no significa, al menos para mí, que carezcan de razón los que lo combaten en el terreno de la democracia y de la libertad más amplias. Hay una cosa que vale tanto, por lo menos, como la democracia, y es la seguridad del orden en una nación, la tranquilidad bajo cuyo amparo puedan todos los ciudadanos desarrollar libremente sus actividades. Todo esto ha sido visto por mí en Lima. La ciudad vive dichosa, entregada al trabajo, sin temores y sin inquietudes; y supongo que pasará lo mismo en el resto del Perú.

Se habla de tiranía... ¿Dónde está ella? Si tiranía es contar con el apoyo casi unánime de las Cámaras, muchos tiranos hubo y hay en nuestra América; si tiranía es gobernar con férrea voluntad, con tenacidad inquebrantable, tiranos de esos hemos tenido en nuestro país, a los cuales aclaman hasta las propias muchedumbres "libertarias".

Este Presidente de inteligencia vivaz y de espíritu inquieto, que ha querido para su Lima un esplendor inusitado, en esta hora heroica, de felicísimos recuerdos históricos, atrae la atención de todo el mundo. Merced a su acción, Lima se ha abierto a todos los vientos, y acoge en su seno a los hombres de pensamiento, y pone en sus fiestas un fuerte sentimiento de ideal. El numen de Ariel y el de Bolívar se funden en uno solo; el recuerdo de Ayacucho, la famosa batalla de los

generales, que pone término a las luchas de la independencia americana, robustece en esta hora el pensamiento de poetas y escritores. Las banderas que cubren a Lima (cubierta totalmente de banderas está la ciudad) nos hablan de un hondo patriotismo, que fulgura en los ojos de todos sus habitantes, como expresión de un fuerte sentimiento americano.

ALDONZA LORENZO

Este nombre tiene que figurar forzosamente en mi libro. Mis lectores, por lo menos muchos de ellos, saben quién era Aldonza Lorenzo. En el capítulo primero del "Quijote", que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo, se dice que Don Quijote, una vez limpias sus armas, y con nombre su rocín, pensó en una dama de quien enamorarse, por aquello de que "el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma". Alegróse mucho el caballero cuando dió con la mujer que sería su dama. "Y fué — agrega el que narra la vida del hidalgo — a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cuenta dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y le pareció ser bien darle a ésta título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a lla-

marla "Dulcinea del Toboso", porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto".

Aldonza Lorenzo fué, pues, una moza labradora de muy buen parecer, de quien se había enamorado Quijano antes que la locura lo hubiese convertido en Don Quijote.

Esta Aldonza Lorenzo, mujer de carne y hueso, fué la misma que yo vi en uno de mis paseos por la ciudad de Lima, mientras ella andaba en busca de su caballero, pues Don Quijote suele aparecer por este mundo con la misma inquietud ardorosa que se le conoció en la Mancha.

Yo vi a Aldonza Lorenzo, no encantada como la viera su rendido amador, sino en su real persona de labradora apuesta. Al verme, sonrió, mostrando la gracia tentadora de sus mejillas.

—Yo busco ahora a mi caballero — me dijo ella —; antes él me buscaba; ahora ya no espero que él venga hacia mí...

—¿Lo encontrarás aquí, en Lima? — le pregunté.

—Sí; aquí ha venido él a refugiarse — respondió. —¿No encuentras la ciudad llena de su espíritu? El anda por aquí, recorre las calles, va a las fiestas, se acerca a las estatuas de los héroes, pasa al lado de cada limeño haciendo vibrar en los oídos no sé qué palabras de heroísmo; se ha trepado sobre el caballo de Bolívar, y ha clavado sus ojos en los negros y ardientes del Libertador... ¿No sientes la total presencia aquí de mi caballero?

Aldonza Lorenzo, la apuesta labradora, clavó en mí sus ojos claros, serenos. (Creo que en el "Quijote" no se dice cómo eran los ojos de Aldonza Lorenzo).

—Yo quisiera encontrarme con mi Quijote para desposarme de una vez con él.

—¡Don Quijote casado! — exclamé con asombro. —El caballero perdería su loco y ardiente heroísmo...

—No, señor — me respondió Aldonza Lorenzo. —A mi Quijote le hace falta un poco de reposo, de quietud, de hogar, de cosa íntima. Ese eterno vagar de su alma necesita un poco de aquietamiento. Yo soy la mujer buena y sencilla, no la Dulcinea con que él desvaría, que viene a ofrecerle el encanto íntimo, el amor dichoso. Si tú me comprendieras...

Aldonza Lorenzo sonreía, mientras clavaba en mí sus ojos claros y serenos.

—Todo el heroísmo — prosiguió Aldonza Lorenzo — de una época gloriosa para América está concentrado ahora en esta ciudad; y por ello, mi Quijote, resucitado una vez más, se ha venido hasta aquí. Quiero desposarme con él, y lo voy buscando. Cuando él se vea en mis ojos, sus ansias de justicia y de bondad serán satisfechas. Yo le hago falta a mi Quijote. Yo salgo de la tierra, de nuestra madre, de su seno fecundo, que hace sonreir las espigas de oro... ¿Me entiendes ahora? Une tú al heroísmo, a lo heroico de esta América, este espíritu mío, y verás entonces qué frutos preciosos se sacarían de esta unión...

—Todavía no comprendo, Aldonza — le dije, con la timidez de un niño que no entiende las explicaciones de su maestro.

Ella, buena y solícita, acudió en mi ayuda, y me habló con toda claridad, dejándome deslumbrado.

Fueron sus palabras un cántico a la tierra, al surco, al trabajo, a la fatiga de los labradores, al humo de las fábricas, al ideal robusteciéndose en la tierra, en la gleba. Pedía ella que el recuerdo de las luchas épicas, de las famosas aventuras por los campos de América, se meciera gratamente en los trigales, en los campos cultivados, transformándose, por decirlo así, en églogas de acción. Los ideales de su Quijote, que son ideales de todas las almas buenas, necesitan los jugos de la tierra para robustecerse. ¡Trabajo, trabajo, trabajo! es el grito que debe completar las gestas gloriosas de América.

Aldonza Lorenzo desapareció de mi vista, y por más esfuerzos que hice no volví a encontrarme con ella, en Lima.

CAPÍTULO XIII

LA CARESTÍA DE LA VIDA Y LOS SOLES PERUANOS

¡Cómo se va la plata en Lima! Tal es la exclamación que brota constantemente de los labios de un amigo mío. ¡Cómo se va la plata en Lima! La vida en Lima está muy cara, en efecto. Los soles peruanos salen de los bolsillos con la misma facilidad con que en nuestro país salen de los bolsillos los centésimos. Soles y más soles... ¡Qué moneda que no quiere quedarse en los bolsillos! Mi amigo, que es un hombre prestigioso, es el que más se lamenta de esta huída del dinero. Cuando tiene que tomar un automóvil, se pone extremadamente pálido y mira al "chauffeur" como la víctima a su verdugo; si entra en una peluquería, se mira primero al espejo, con la esperanza de no hallar su rostro tan barbudo e irse, por consiguiente, sin afeitarse; si va a "lustrarse" los zapatos, desearía tener en las manos un trapo para limpiárselos él mismo; y si entra en un café, clava los ojos en todos lados para leer previamente la lista de los precios... Lima le devora los soles que él ha puesto en sus bolsillos; Lima quiere dejarle exhaustas las faltriqueras; Lima quiere que él regrese pobre a su país...

Sin embargo, los gastos de hotel no gravitan sobre los ilustres huéspedes: la liberalidad del Gobierno Peruano ha querido que la estancia de los visitantes en Lima no sea gravosa sino al erario público. Los gastos que podríamos llamar "extras" son los que asustan, desesperan y ponen pálido a mi amigo, y a otros que no son amigos míos.

Los soles peruanos se van y no se los puede atajar.

UN HOTEL CHINO

Abundan en Lima los individuos de la raza amarilla. Todos ellos, chinos y japoneses, se dedican al comercio o a algún oficio; sobre todo al comercio. Hay un barrio de chinos comerciantes que siempre está animadísimo. Pero lo que me interesó más, y es digno de que mis lectores lo conozcan, es un hotel chino en el cual almorcé con tres médicos peruanos de renombre y con mi secretario Alberto.

Es el hotel un caserón, con dos patios grandes. La cocina está en el centro, y a ella me dirigí ante el espanto del cocinero.

—No se puede estar aquí — me gritó el chino, expresándose en un español de graciosas incorrecciones.

—¿Por qué no se puede entrar en la cocina, señor? — le pregunté.

—Porque no, señor.

Al parecer, la cocina era limpísima, y los trozos

de carne, y los pescados, y la verdura, tentadores para el gusto más exquisito. ¿Temía el chino que yo le descubriera algún secreto de su cocina? ¿Había algo en la olla puesta al fuego que no convenía mostrar?

—¡Qué hermosa cocina! — exclamé para halagar al chino.

—No se puede estar en la cocina — me gritó otra vez el chino. —Salga de aquí.

Se había puesto furioso, y amenazaba arrojarme con una cacerola.

—¡Qué pescado delicioso!, ¡qué verdura!, ¡qué pollo más exquisito! — continuaba yo exclamando.

Pero vino otro chino, y llevándome fuera de la cocina, me indicó el comedor.

—Allí se come; en la cocina no.

Después, el primer chino se apaciguó y me dijo que me fijara en el estanque que estaba frente a la cocina. Clavé los ojos en el estanque y vi muchos camarones recreándose en el agua.

—¡Fresquitos, fresquitos! — gritaba el chino. —Salen de allí para ir inmediatamente a la olla. ¿Quiere comer camarones?

Cogió con presteza dos crustáceos y se los llevó a la cocina.

Nos sentamos después a la mesa, y nos sirvieron un riquísimo plato de arroz con camarones.

—Muy bueno — le dije al mozo chino que nos servía —; pero nosotros queremos un plato chino.

Vino el plato chino, muy suave, muy delicado, y de cuyos componentes no nos pudimos dar cuenta.

—Esto se come con esto — nos dijo el chino, poniéndonos en las manos unos palillos que, según afirmó él, eran de marfil auténtico.

Después agregó:

—Damos los palillos solamente a los que son caballeros, porque muchos tienen la costumbre de meterlos en los bolsillos. Los caballeros no tienen esa costumbre.

Agradecimos al chino la confianza que depositaba en nosotros; y como lo encontrara ya tan amable, me levanté de la mesa y corrí hacia la cocina.

Volvieron a irritarse los chinos.

—En la cocina no se puede estar — gritaron todos. —¡Fuera de la cocina! ¡Fuera!

El cocinero, que estaba dividiendo en trozos un enorme pescado, dejó su tarea y se puso en la puerta de la cocina, cuchilla en mano.

—¡Le corto la cabeza si entra en la cocina! — me gritó.

Seguro estoy de que si lo hubiera desobedecido, el chino me habría cortado la cabeza a cercén.

Hervía a borbollones el contenido de una olla grande. ¿Estaría dentro de ella una rata como en la olla china de que nos habla el formidable novelista Blasco Ibáñez?

Lo cierto es que el caldo que nos sirvieron los chinos era exquisito. ¡Nos reíamos de las ratas, tomando ese caldo!

LOS TRES MÉDICOS

Honorio Delgado, Hermilio Valdizán y Guillermo Almenara son tres médicos prestigiosos, con los cuales he pasado en Lima horas muy dichosas. Los dos primeros han publicado trabajos que honran a la ciencia médica peruana. En revistas y en libros han expuesto ideas originales y los resultados de una labor paciente y prolongada. Honorio Delgado es, además, un espíritu enamorado de lo bello, y suele salir con frecuencia del terreno de la medicina para entrar en los huertos donde florecen las ideas de los escritores y de los artistas en general. Sus juicios literarios son hondos y certeros, y están impregnados de un suave sentimiento amoroso. Psiquiatra y psicólogo, recuerda en muchos aspectos la ilustre personalidad del argentino José Ingenieros. Hermilio Valdizán dirige la colonia de alienados. Yo la he visitado, y aquello me ha parecido una maravilla en lo que respecta a la organización y al cuidado de los dementes. Valdizán pone cerebro y corazón en todo lo que hace. Trabaja en su colonia con una pasión admirable, y conversa con los dementes con la ternura de un padre. Yo miraba con atención su rostro bondadoso, y veía en él reflejado tal contento, que me imaginaba ser la colonia de alienados para él un verdadero paraíso. Los locos, apaciguando sus extravíos, clavaban en él miradas de reconocimiento.

—Usted los cura con sólo mirarlos — digo a don Hermilio.

Don Hermilio sonríe dulcemente entre sus locos. Así debe de sonreir el Padre Eterno cuando los ángeles lo rodean.

—Hay que poner un poco de amor en todo — me responde.

¡Un poco de amor, sí! El pone mucho amor en su obra, lo cual me impulsa a decirle risueñamente:

—Me dan ganas de enloquecerme para quedarme aquí con usted, entre sus locos.

¡Y con qué modestia me habla él de su obra! ¡Con qué rubor salen de sus labios las palabras para decirme un perfeccionamiento, un progreso de su colonia! Hermilio Valdizán es un apóstol de la Medicina. Espíritus como él engrandecen a una ciudad. Lima contiene almas que son verdaderos tesoros.

Son las doce del día, y ya hemos recorrido todo el establecimiento. Los locos nos han visto salir de la colonia, y uno de ellos ha querido atajar a mi secretario.

—Tú no debes irte — le dice —; todavía no te has curado.

Alberto se pone rojo como la grana.

¡QUÉ TAL!

Es una expresión que en boca de los peruanos expresa asombro, estupor, admiración o espanto. Cuéntales un suceso extraordinario y te dirán: ¡Qué tal!, ¡qué tal! Por oirles eso yo imaginaba a menudo cosas estupendas.

—¡Qué tal!, ¡qué tal!

El alma vibra de asombro o entusiasmo en los labios del peruano cuando pronuncian esas dos palabras. Hay en ellas la expresión simpática de un estremecimiento espiritual. Yo las he guardado en mi alma como uno de los recuerdos más dulces de mi estancia en Lima, y por ello las grabo en mi libro, perfumándolo así con una nota suave, pintoresca y original...

CAPÍTULO XIV

LAS RUINAS DE PACHACAMAC

Muchos amigos me hablaron en Lima, con entusiasmo, de las famosas ruinas de Pachacamac. En el bullicio de las fiestas de Ayacucho, oía hablar de esas ruinas con el encanto de un niño que se pone a escuchar un cuento maravilloso. Yo sentía necesidad de salir de la ciudad, de libertarme un poco de tanto estruendo patriótico, de acudir al seno de la naturaleza para refrescar mi espíritu, y de sentir, si me fuera posible, el estremecimiento de ultratumba de una raza ya desaparecida, en plena conversación con la Historia...

Honorio Delgado y Guillermo Almenara me invitaron para la grata y ansiada excursión. Partimos una mañana, casi a la hora del alba. Dos horas de automóvil hay desde el centro de la ciudad hasta las ruinas. El camino es delicioso: verdes campiñas recrean los ojos; a ratos el paisaje es seco, árido, lo cual da más encanto a los trozos verdes. Hay excelentes caminos en las proximidades de Lima; y la naturaleza ofrece allí paisajes bellísimos. Las llanuras alternan con las ondulaciones; cerros y lomas recortan gallardamente

sus siluetas, áridas siempre; a veces como de arena, y otras, de colores oscuros, como de tierra mineral.

Las ruinas de Pachacamac, vistas desde lejos, no ofrecen nada de particular: semejan cerros o elevaciones de arena. Hundiendo los pies en la arena, recorrimos la extensión, próxima al mar, que conserva los vestigios de una civilización ya desaparecida. En las huacas o tumbas encontramos muchísimos huesos humanos. Huesos, arena y adobes: he ahí todo lo que vimos, bajo un sol abrasador. A veces, una especie de corredor o pasillo nos producía la ilusión de estar recorriendo algún palacio de los incas. Cerca de nosotros, el mar, de un bellísimo color azul, parecía recordar con nostalgia a los antiguos moradores de sus orillas.

Fatigados, nos sentamos sobre un montículo. Alberto, el secretario, puso a sus pies una calavera, dispuesto a llevársela como macabro recuerdo de las ruinas de Pachacamac. Yo recordé el libro del conde de Volney, recitando la invocación de "Las ruinas de Palmira".

"¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! A vosotros invoco; a vosotros van dirigidas mis plegarias. ¡Mientras que vuestro aspecto rechaza con terror secreto las miradas del vulgo, mi corazón halla, al contemplaros, el encanto de los sentimientos profundos y de las ideas elevadas! ¡Cuántas lecciones útiles, cuántas reflexiones patéticas o fuertes ofrecéis al espíritu que viene a consultaros! Cuando la tierra entera,

sumida en la esclavitud, enmudecía ante los tiranos, ya vosotros proclamabais las verdades que ellos detestan, y, confundiendo las cenizas de los reyes con las del último esclavo, atestiguabais el sacrosanto dogma de la "Igualdad". En vuestro desolado recinto es donde yo, amante solitario de la "Libertad", vi aparecer su genio, no tal como se lo representa un vulgo insensato, armado de antorchas y puñales, sino con el semblante augusto de la "Justicia", llevando en sus manos la balanza sagrada en que se pesan las acciones de los hombres, en los umbrales de la eternidad.

¡Oh tumbas! ¡Cuántas son vuestras virtudes! Vosotras espantáis a los tiranos; y sois las que emponzoñáis con terror secreto sus placeres impíos. Ellos huyen de vuestra faz incorruptible, y los cobardes alejan de vosotras la altivez de sus regios alcázares. Vosotras castigáis al opresor poderoso; arrebatáis el oro al exactor avariento, y vengáis al débil que se ve despojado por su rapacidad; vosotras compensáis las privaciones del pobre, llenando de zozobras el esplendor del rico, y consoláis al desdichado, ofreciéndole el último asilo; vosotras, en fin, dais al alma aquel justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría y la ciencia de la vida".

Contáronme mis amigos una hermosa leyenda sobre el templo de Pachacamac, que no traslado aquí por habérseme perdido los apuntes. Frente a nosotros, y como fuerte contraste con lo árido y arenoso del lugar en que nos encontrábamos, surgía, verde y risueño, cual encantador retazo de égloga, el pueblo de Lurín.

LA CALAVERA

Alberto se ha llevado consigo la calavera. ¿Perteneció ella a algún indio de la época de los incas? Alberto clava sus ojos en las cuencas vacías y trata de descifrar el enigma. ¿Fué ella de uno de aquellos pobres indios que llegaron a Cajamarca con enormes cargas de oro y plata para el rescate de Atahualpa? Las cuencas vacías de la calavera no le dicen nada a Alberto. Pronto la calavera se convierte para él en un juguete, en un "chiche". Quiere darle una aplicación. ¿La adornará? ¿Pondrá flores en ella, convirtiéndola en tiesto o maceta? ¿La convertirá en cenicero o en pisapapeles? ¿La empleará como cuco o coco para espantar a los chicuelos de su barrio que le estropean el sombrero o lo fastidian de mil maneras?

Después de tantas vacilaciones se decide a poner en cada una de las cuencas una bombilla eléctrica. Allí donde brillaron los ojos del indio, brillará la luz eléctrica.

La calavera convertida en un artefacto... ¿No decía Hamlet, en el cementerio, que el polvo de los huesos de Alejandro habría servido de tapón a un barril de cerveza?

EL BANQUETE DE LOS PERIODISTAS

Los periodistas limeños, y los periodistas huéspedes de Lima, se han sentado en torno de una mesa, y han comido espléndidamente. Un ban-

quete de periodistas es un banquete interesantísimo. Se come y se charla. Si me atuviera al significado estricto del verbo charlar, según la Real Academia, no sería esa palabra la más adecuada para expresar una conversación entre periodistas. Estos no hablan "sin substancia y fuera de propósito". Todo lo contrario: ponen demasiada sustancia en lo que dicen. Conozco a un periodista en Montevideo que para hablarme del tiempo bueno o malo se prende de cosas hondas o trascendentales, con cierto aire misterioso, como si estuviera diciendo algo sobre una combinación política...

Pero el banquete de mi historia no dejó nada que desear ni en punto a comida ni en punto a conversación interesante. Eramos muchos los periodistas, entre limeños y extraños, y la casa en que estábamos, grata, cordialísima. "El Comercio" de Lima posee un palacio, y en uno de los salones de ese palacio se reunieron todos los periodistas y festejaron... ¡Cuántas cosas se festejan en un banquete! Yo creo que lo primero que se festeja en ellos es un momento de confraternidad. de armonía entre cierto número de almas. Un momento digo, y así es, por lo general. Pero en el banquete de mi historia, ese momento se habrá prolongado después de él, y de ello estoy seguro. ¡Era tan fuerte y tan íntima esa armonía, esa confraternidad!

Un poeta limeño figura en el banquete; periodista y poeta. Es un hombre bajito, delgado, y de dulces ojos, que miran a través de unos lentes. Toda la majestad de su figura se refugia en los ojos, en la luz que brota de ellos. Hablan ellos con elo-

cuencia suma; son palabras inefables. Poco importa lo que dicen los labios, pues ellos están obligados a decir muchas cosas que el corazón rechaza; pero lo que dicen los ojos, la angustia, el ansia, el ensueño expresado por ellos, todo tiene la claridad de la luz. José Gálvez es el poeta limeño a que me refiero. Es poeta inspiradísimo, hondo, delicado. Es digna su cabeza de una corona de rosas o de mirtos, o de una continua lluvia de pétalos. Sus palabras embellecen el ágape. Ágape he dicho, y para los poetas los banquetes deben ser convites de caridad, de paz, de concordia. ¡Soñemos, ilustre poeta limeño! Bebamos el vino, como lo quiere Lugones, dejando caer antes en la copa los pétalos de las rosas. ¡Soñemos, ilustre poeta limeño! Recordemos con qué ansias aguardaba Horacio a sus amigos para conversar con ellos, en la mesa. ¡Soñemos, ilustre poeta limeño! El ensueño es vida también; y verdadera y honda vida...

Y, sobre todo, roguemos al Altísimo, nosotros los periodistas, que cada vez tengamos que escribir menos crónicas sangrientas; que la paz ilumine al mundo, y que los buenos se multipliquen, y que los poetas, como José Gálvez, vayan por el mundo predicando amor, bondad, justicia, sin recibir los golpes que derribaron más de una vez al famoso caballero manchego...

Esta debió ser mi plegaria en el banquete de los periodistas; pero mis labios callaban obstinadamente, viendo cómo las rosas eran destrozadas por las manos de todos...

¡Oh poeta! ¡Tú debiste impedir eso!

CAPÍTULO XV

LA DESPEDIDA

Es preciso dar el adiós a Lima, la dulcísima ciudad que tanto me agasajó. Aún quieren los amigos que pasee unas horas, antes de embarcarme. La tarde es hermosa; un sol de oro fulgura en las torres de las iglesias. Los últimos ecos de las fiestas ya se han apagado; y el pueblo ha vuelto a su trabajo, y el recuerdo de una época heroica vuelve a adormecerse en los espíritus, y Bolívar y San Martín quedan de nuevo solitarios en sus respectivos monumentos.

Es preciso dar el adiós a Lima, en esta hora tranquila y luminosa. Mi alma se vuelca sobre ella, con la ternura de un niño volcándose sobre la falda materna. El dulce nombre de patria acude a mis labios, y doy al Perú ese nombre desde lo más íntimo de mi ser. Es mi más hondo adiós. Patria mía, sí, porque fuiste conmigo generoso, y tierno, y me diste a beber el exquisito vino de la hospitalidad. Volveré a ti algún día, seguro de reposar mi cabeza en ti, de aquietar mi espíritu en ti, de calmar mi infinita sed en ti...

UN MINISTRO

No me fué posible, por la premura del tiempo, estrechar la mano del doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores. Había deseado despedirme de él, que es un Ministro en toda la extensión de la palabra; y lamenté no poder hacerlo. Pero me llevo de este personaje peruano algo así como un trozo de vida heroica. Hay también héroes en la política: no todo ha de ser en ella sensualismo de mando, e intrigas y cabildeos. Siendo diputado el doctor Alberto Salomón, durante el gobierno del general Benavídez, y figurando en la oposición, fué herido en la cabeza, de un balazo, por gente adicta al Gobierno, que quería impedir la entrada de los diputados al recinto legislativo. Sin embargo, heroicamente, con la cabeza vendada, Salomón se presentó el mismo día en la Cámara...

Con diputados así, los déspotas enmudecen; y con Ministros del mismo temple, un país conquista la consideración de los demás.

No pude estrechar la mano del Ministro de Relaciones Exteriores; pero me llevo de él, en mi alma, ese pedazo de su vida...

OTRA VEZ EN EL MAR...

"El Ebro" me aleja de Lima; un buque semejante al "Santa Luisa", que me trajo a la capital peruana. Vuelven mis ojos a posarse sobre

las aguas azules del Pacífico; y en la noche, cuando la luna brilla, y las estrellas derraman tenuemente su plata, mi alma, prosternada, dice muy honda y muy quedamente:

¡Salve, tierra de los incas! Nunca más brote de tus hijos la sangre de la guerra; nunca más sean hollados tus derechos; nunca más el dolor muerda tus entrañas. Siempre, siempre, haya en ti paz, y trabajo, y amor, y el agua azul de tu mar rompa siempre en tus costas, como la ola que rompe en la costa, en el divino poema de Rabindranath Tagore, ya recordado por mí en estas páginas...

FIN

ÍNDICE

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XV





